



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 25.—Madrid 5 de Setiembre de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica Universal*, por D. M. Riera.—*Ojos que no ven...*, por Blas.—*Los grabados*.—*Ultima Pastoral de Su Eminencia el Cardenal Moreno*.—*El Campo Santo*, por M. B. C.—*La Inquisición*, por D. Vicente de Manterola.—*Haz b'en sin saber á quien*, por D. José P. Villamil.—*Las moscas*, por Ch. Clifort.—*Discurso pronunciado por Mons. Mermillod acerca de cuál debe ser la acción de la Iglesia en la situación actual de las clases obreras* (continuación).—*El violín de fuego*, por Luis de Kerval.—*Las bodas de oro de la Sociedad de San Vicente de Paul en la Habana*.—*Conocimientos útiles*.
GRABADOS.—Emmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio Moreno.—*Portugalete desde la desembocadura de la ría*.—*Valle de Portugalete*.—*Fuente de viajeros en las estaciones de los ferrocarriles franceses*.—*Don Antonio García Gutiérrez*.

REVISTA



La Iglesia primada de Toledo ha quedado huérfana. Su Prelado, su Pastor, ha muerto de repente, sin enfermedad y sin agnía. De él ha podido decirse con todo rigor que se durmió entre los hombres y despertó en la eternidad.

A pesar de la indiferencia con que en Madrid se miran todas las desgracias, hay que reconocer en justicia que la muerte del cardenal Moreno ha causado general sentimiento, asociándose todo el mundo á esta desgracia de la Iglesia toledana, primada de todas las de España.

Nueve años nada más ocupó el difunto Cardenal la silla de los Ildefonsos, Eugénios y Lorenzanas; y aunque en este tiempo no gozó nunca de buena salud, resintiéndose sobre todo de las molestias de la obesidad, sin embargo, su paso por esta ilustre prelación ha sido fecundo, dejando realizadas y en proyecto obras importantísimas de restauración, así en las instituciones como en los monumentos de la diócesis, la más extensa y difícil de gobernar de todas las de España.

Pocas semanas antes de morir se gozaba en haber obtenido del Gobierno unos terrenos junto á la restaurada iglesia de San Jerónimo, en los cuales había de alzarse el edificio destinado á Seminario eclesiástico superior, proyecto que acariciaba casi desde que ocupó la silla de Toledo. La muerte le ha privado del mayor gozo de ver realizado su pensamiento; pero para su gloria bastan los pasos dados en la ejecución de este gran proyecto, que recibirá como preciosa herencia su sucesor en el arzobispado.

Si el cardenal Moreno hubiese vivido en otros tiempos de más libertad para la Iglesia, de más paz en la sociedad, de más poder y recursos para los Obispos, hubiera sido uno de los más insignes Prelados de Toledo, cuyo nombre hubiera quedado grabado en el frontispicio de grandiosos monumentos religiosos y artísticos, á cuya gloria le llevaban sus aficiones, su munificencia, su amor á las artes cristianas y su inagotable celo por el esplendor del culto divino. Pero el difunto Cardenal, que no era hombre de lucha sino de concordia, que no era arrebatado y vehemente sino sosegado y sencillo en sus cosas, ha ocupado la silla de Toledo en circunstancias sumamente difíciles, en las cuales su carácter ha tenido que hacerse mucha violencia para arrostrar los acontecimientos, batallando día y noche contra los extraños y contra los propios, contra los enemigos implacables de la Iglesia y contra sus defensores indiscretos y obcecados, contra los Gobiernos al parecer amigos, y contra los francamente hostiles, llevando contra viento y marea la nave de su Iglesia al través de numerosos y temibles escollos,

sin columbrar jamás el puerto del triunfo donde gozar los frutos de la paz, que era cabalmente el título de su gloria cardenalicia.

Así hay que juzgar al difunto Cardenal; y mirado á esta luz su corto pontificado, no puede menos de reconocerse que ha hecho más, mucho más de cuanto podía esperarse en tales circunstancias, y que su nombre debe brillar entre los preclaros y eminentes de los Prelados toledanos para gloria de la Iglesia de España.

Y lo que decimos de su prelación puede aplicarse á toda su vida, en la que con rapidez asombrosa se precipitaron los sucesos, sin que apenas haya habido en ella un largo período de sosiego, ni una época duradera en sus diversas etapas. Nacido en América, viene á cursar Derecho á Madrid; abogado en 1842, catedrático en 1844, presbítero en 1849, en seguida Provisor y Vicario general de Burgos, Arcediano en aquella iglesia en 1851, ministro del Tribunal de la Rota en 1853, obispo de Oviedo en 1857, arzobispo de Valladolid en 1863, y, por último, arzobispo de Toledo en 1875, la vida

del cardenal Moreno fué una sucesión rápida de acontecimientos que, apenas llegados, ya pasaban para ser renovados, no consintiendo reposo ninguno al que por carácter y por temperamento era inclinado al sosiego y á la paz.

Debía gozar sólo de la verdadera; sin duda por eso Dios le ha dado una muerte tan tranquila, como prenda de la paz perdurable que le reservaba en el cielo. En su sepulcro pondríamos nosotros la bella inscripción que se lee en las sepulturas de los primeros cristianos:

DESCANSE EN PAZ Y RUEGUE POR NOSOTROS.

Las provincias vascongadas deben estar celosas de las gallegas. Desde hace dos ó tres años se viene haciendo de moda el veranear por estas últimas, habiendo contribuido mucho á esta novedad la Corte, que casi todos los años visita las costas del NO. de España.

Pero más que á nadie la moda ha tocado esta vez á los hombres políticos, los cuales han convertido á Galicia en teatro de sus representaciones de partido y de sus declamaciones de Parlamento. Con el pretexto de los certámenes poéticos ó juegos florales, nuestros más célebres oradores, que hacen á todo, y lo mismo sirven para un fregado que para un barrido, acuden á Galicia, y á vueltas de hiperbólicas alabanzas á sus oyentes para comprometer



EMMO. SR. DR. D. JUAN IGNACIO MORENO,

ARZOBISPO DE TOLEDO Y CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA ROMANA.

† el día de San Agustín del corriente año.

terlos al aplauso, se desatan en lucubraciones políticas según su plan de campaña, y procuran que la prensa recoja aquella cosecha de flores y verduras para que sirvan de pasto á la curiosidad de todos los españoles aficionados á su repostería política y literaria.

Verdad es que ellos algo más que flores y verduras cosechan, pues siguiendo aquel antiguo refrán de que tripas llevan pies, procuran alimentarse bien en sus peregrinaciones y mantener robusta la voz y fuerte el pulmón, que son sus instrumentos de propaganda. ¿Y qué menos pueden hacer los gallegos que pagar con buenos platos las buenas palabras? ¿Qué menos para corresponder á tantos elogios y á tan desinteresadas visitas?

Galicia, con sus bellísimos campos, sus costas pintorescas, sus inagotables veneros de riqueza, es además la tierra de promisión de nuestros políticos opulentos, que hallan allí regias mansiones que habitar, haciendas fecundísimas que poseer y comarcas donde erigirse en señores feudales.

Ya lo saben los gallegos: esos políticos que ahora han dado en el entusiasmo de aplaudirlos y ensalzarlos, de visitar sus ciudades y sus aldeas, de echarles discursos y prometerles maravillas, ocultan en su mente la púnica idea de

Fingirse amigos para ser señores.

Esta es la política que desde los primeros tiempos han seguido en España todos los explotadores de nuestro país y de nuestra riqueza, así nacionales como extranjeros. Para domeñar á un león vale más maña que fuerza.

Burlando la vigilancia del Gobierno, y dando una sorpresa á los más confiados, el cólera se nos ha metido en casa. Sin embargo, la invasión se ha verificado lejos de la frontera de Francia, que era el lugar más amenazado, y hasta ahora, en buena hora lo digamos, se muestra tan benigno que más bien parece un chispazo que se extingue que un incendio que se desarrolla.

Lo contrario sucede en Italia, donde la invasión se ha extendido terrible y amenazadora, corriéndose desde la frontera de Francia hasta Nápoles, donde está ocasionando numerosas víctimas.

De manera que, no obstante el chispazo de Novelda, puede decirse que la epidemia se muestra hasta ahora muy benévola con nosotros. Situado el cólera durante dos meses entre las fronteras y costas de Italia y España, ha tomado por asalto aquel país y ha respetado hasta ahora nuestra frontera, sin que haya razones científicas que expliquen nuestro privilegio. Los sabios, lejos de convenir en la eficacia de los cordones sanitarios, la mayor parte los consideran inútiles, y en efecto así debe ser, porque Italia estableció un acordonamiento como España, y hoy no hay apenas provincia de aquel país que no tenga dentro el terrible huésped del Asia.

No podemos atribuir al acordonamiento nuestra suerte, por más que aplaudamos esta medida de precaución y el celo de las autoridades que vigilan por su mantenimiento; nuestra exención relativa no se explica científicamente: es un privilegio que debemos á la Providencia, privilegio inapreciable á que debemos corresponder con gratitud sin límites.

Todavía no es tarde para que el azote se propague y la chispa se convierta en voraz incendio; pero los cálculos de la piedad más bien que los de la ciencia parecen inclinarnos á la confianza, basada única y exclusivamente en los designios de la Providencia.

Hace quince días apenas había casos en Italia, y hoy no bajan de ciento las defunciones en diez ó doce provincias; quince días, según ha resultado ahora, hace que el cólera está en Novelda, y sin embargo, lejos de haber aumentado, se está extinguiendo. ¿No se ve en este paralelo la mano de la Providencia, que nos protege y ampara?

Bien claro ha confesado la ciencia que todos sus recursos no valen nada contra el cólera, cuya naturaleza es un misterio impenetrable á los ojos del escálpelo; pues ante esta declaración, que nos entrega á los azares de la suerte, ¿hay otro recurso ni otro camino que ponerse en manos de la Providencia?

Ella nos ha favorecido visiblemente hasta ahora deteniendo el contagio en la frontera francesa, donde el peligro parecía inminente; ella nos favorece en estos momentos cortándole las alas á la peste, posada en Novelda, para que no corra por el resto de España; ella nos favorecerá en adelante para que no seamos presa de una de las mayores calamidades que pueden caer sobre un pueblo.

¿Qué méritos tenemos para gozar de tanto favor? Ninguno: la misericordia de Dios nos ampara sin merecerlo, porque todavía sin duda no se ha llenado la medida de su indignación.

¿Se llenará? Este es el mayor motivo de miedo que podemos tener ante el peligro de la invasión cólerica.

El cementerio del Este no ha podido inaugurarse el día 1.º de Setiembre; sin embargo, las obras van muy adelantadas, y antes de mediar el mes comenzarán los enterramientos.

El Ayuntamiento actual, que ha querido proceder con cierta cautela para no escandalizar á los católicos, no ha aceptado el nombre pagano de *Necrópolis*; pero tampoco ha querido bautizar su finca con un nombre cristiano. Nuestros padres, cuando tuvieron que establecer cementerios por prohibirse los sepelios en los templos, les dieron nombres cristianos, recordando siempre su origen parroquial, y por eso dijeron cementerio de San Luis, de San Martín, etc. Ahora desaparecen todos estos nombres, y tendremos cementerio del Este ó del Oeste, como tenemos teatro de Oriente, estación del Norte, barrio del Sur y así de otros títulos tomados á los vientos, á los astros, á la naturaleza, en fin, única madre que nos queda después de renunciar á la paternidad de Dios y á la maternidad de la Iglesia.

La Revolución prosigue ora á grandes saltos, ora paso á paso, aquí con escandaloso estrépito, allá con cauteloso silencio, su obra de descristianizar la sociedad europea, formada por la Iglesia, por ella educada y constituida, cristiana hasta la médula de los huesos; obra, si no perfecta, porque esto es imposible en el mundo, á lo menos maravillosamente organizada, donde no había necesidad humana que no estuviese satisfecha.

En Madrid, por ejemplo, la mayor parte de las calles recordaban el nombre de algún Santo. ¿Cuántas de las que ahora se abren siguen esta tradición? Ninguna. Los santos del nuevo calendario son Riego, Mendizabal, Quintana, Heredia, Fernández de los Ríos, modelos de buenos patricios que ofrecemos á la imitación de nuestros descendientes vinculados en los nombres de nuestras calles.

Ahora comenzamos con los cementerios, profanación mayor y más escandalosa, porque conculca las tradiciones cristianas más allá de la muerte, como si la impiedad quisiera invadir también los dominios de la eternidad. Verdad es que el nuevo cementerio se abre con carácter cristiano; pero este carácter lo irá perdiendo en la práctica y en las costumbres, hasta que otro Ayuntamiento más avanzado que este arranque de él la cruz redentora y ponga sobre su pedestal la estrella masónica.

Ha sido preciso transigir ahora con la Iglesia; sin su intervención no podría llamarse la caza. Luégo... abierto el camino, el cementerio se convertirá en *Necrópolis*, las sepulturas en cloacas y el servicio funebre correrá á cargo de los carros de la limpieza. Con estos progresos no va ganando mucho la dignidad del hombre; ¿pero qué importa? Fruto al fin de la naturaleza, que se iguale con los animales y las plantas. El cristianismo deifica al hombre, la Revolución lo embrutece. Hé aquí la diferencia que existe entre la *reacción* y el *progreso*.

Para los animales debe ser la enhorabuena.

El problema de la dirección de los globos ha sido un rompecabezas para muchas que no estaban muy seguras. Por eso, al anunciarse ahora que el problema ha sido resuelto en Francia, comienzan á salir reclamando el derecho de antelación algunos ignorados mecánicos de los que saben levantar castillos en el aire.

Entre nosotros ha salido uno por lo menos, el cual ha dirigido una carta á *La Fe* donde se declara que «aunque de una manera imperfecta, y guiado por la organización y modo de moverse los peces y las aves, ha resuelto en parte el problema»; pero que «la falta de recursos ha hecho que sus cálculos no hayan tenido resultado práctico». Después añade el inventor que de sus trabajos «pueden testificar los amigos que, burlándose de mi empeño, me apellidaban *Montgolfier*; y como la idea, que ya hubiese llevado á la práctica, la tengo formada antes que en Francia se publicasen los ensayos hechos, la prioridad no corresponderá á ella en todas sus partes, dado que mis cálculos no saliesen por completo frustrados».

Suscribe la carta «Pedro González de Prado, farmacéutico», á quien llama *La Fe* «apreciable suscriptor».

El mismo periódico ha dado después la noticia de que se iba á efectuar en Madrid un notable ensayo de navegación aérea, suspendido á causa del experimento de Meudón. ¿Será el farmacéutico, que habrá encontrado recursos para llevar á la práctica sus

cálculos? ¡Mucho ojo para no ir á caer en el término de Leganés! Será lo más probable.

Las antiguas ferias, que sólo tenían un carácter comercial y á veces religioso, porque la Religión fomentó siempre los intereses legítimos de los pueblos, van tomando ahora un carácter de fiesta que eclipsa todos los demás, como si su único y exclusivo objeto fuera que los pueblos echasen una cana al aire.

Al efecto, no hay espectáculo que no se busque para animarlos, ni diversión que se escatime, ni ruido y boato que se desatienda para el mayor esplendor de la fiesta. Puede juzgarse por los carteles con que se anuncian, en los cuales la tipografía apura todos sus recursos y sus mayores galas. A la vista tenemos el de la feria de Salamanca, que nos ha remitido el Alcalde de aquella ciudad, y es un programa de fiestas que llena nueve hojas de un elegante cuaderno en 8.º francés apaisado. Músicas y dulzainas, teatros, visitas á los establecimientos públicos, fuegos artificiales, bailes de sociedad y públicos, certamen científico, literario y artístico, limosnas, Exposición agrícola, pecuaria é industrial, corridas de toros; de todo habrá en la feria que se celebrará del 8 al 13 de Setiembre.

Como se ve, esto no es una simple feria: es una fiesta, una gran fiesta donde se quiere que todo el mundo se divierta y cada cual eche su cuarto á espadas.

Las ferias, respondiendo al progreso moderno, se han convertido en festivales; ¿y qué es al fin nuestra sociedad más que un gran mercado de placeres? No hay más sino que esos placeres cuestan muy caros, y la bancarrota de la sociedad será la última etapa de nuestro progreso, ó lo que es igual, la última explosión de nuestros fuegos artificiales.

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



El próximo Consistorio secreto se celebrará, según parece, el 29 del corriente mes, y el público el 2 de Octubre. Su Santidad recibió el día de su santo á muchas personas que fueron á felicitarle, y entre ellas el Sacro Colegio, con cuyos individuos conversó largamente, mostrándose enterado de los asuntos en que cada cual interviene. Al cardenal Franzelin, sabio Jesuita, autor de muchas obras de Teología, le habló particularmente Su Santidad sobre el último libro que ha publicado contra Hegel. Es admirable la actividad de este Venerable anciano, que, rodeado de graves cuestiones, aún tiene tiempo para dedicarse al estudio y estar al corriente de cuantas obras se publican en defensa de la Iglesia de Dios.

La mayor tristeza que agobia á Su Santidad es la cuestión de la Propaganda. De esta civilizadora institución dependen hoy 6.700 misioneros, repartidos en las comarcas más incultas é inexploradas del mundo. ¡Y pensar que el Gobierno italiano quita los recursos á estos pobres apóstoles para enriquecer con ellos á media docena de judíos que se disponen á comprar los bienes de la Propaganda! La cosa es horrible; tan horrible, que jamás se ha visto en el mundo un acto de más odiosa tiranía.

El Gobierno del Quirinal, que se siente cada día más alejado de Viena y de Berlín, pone hoy toda su esperanza en Francia para seguir oprimiendo y tiranizando á la Iglesia.

Es natural.

Añadamos algunas noticias de Roma.

En breve se abrirá al culto la cripta de la iglesia de San Lorenzo, en que están sepultados los restos de Su Santidad Pío IX. En el monumento se han empleado los más ricos mármoles y preciosos mosaicos. Los bajo relieves representan los hechos más memorables de Pío IX. El mejor tiene por asunto la sesión del Concilio en que proclamó el dogma de la infalibilidad.

La obra se ha ejecutado con maravillosa rapidez, costeada con la limosna de los fieles.

Su Santidad ha nombrado Superior general de la Orden de Ministros de los enfermos al Rdo. P. Joaquín Ferrini.

Las negociaciones con el Gobierno francés para elevar á los honores de la romana púrpura á varios Arzobispos de Francia, no han dado hasta ahora resultado alguno.

Es este asunto de poca monta para un político de la altura de Mr. Ferry. A la Iglesia, que haga ante-sala; antes son los héroes de la *Commune*. ¡Pobre Francia!

La caridad de León XIII es inagotable; verdades

que la devoción de los fieles le proporciona medios abundantes para acudir en auxilio de las obras católicas que reclaman su protección.

Además de haber regalado 100 camas á los pobres de Roma, León XIII quiso celebrar la fiesta de San Joaquín dando 3.000 francos al Instituto de Jóvenes artistas de San José, 1.000 francos al Instituto de rehabilitación para las mujeres arrepentidas, fundado por el P. Simpliciano, y 4.000 á las diversas comunidades religiosas privadas de sus recursos propios por la Revolución.

Debe saberse además que León XIII invierte anualmente medio millón de las rentas de su patrimonio particular en el sostenimiento de las escuelas católicas de esta ciudad. Estos días se le ha presentado la Memoria de los resultados obtenidos durante el año económico que terminó con el mes de Junio, y ha quedado tan satisfecho de estos resultados el Padre Santo, que ha ofrecido aumentar la cantidad destinada al sostenimiento de las indicadas escuelas.

Contrasta esta conducta con la del Gobierno del Quirinal, que, como saben nuestros lectores, se quedó con parte de los recursos que la caridad envió hace dos años á Ischia.

El Papado será siempre, porque no puede menos de serlo, popularísimo en Roma y en Italia. Sin él, ¿qué sería de este país, esquilmo por la Revolución?

La actual invasión cólera, que después de dos meses de concentración en Tolón y Marsella ha comenzado á difundirse, tiene contaminada á casi toda Italia. Y sin embargo, nuestra opinión en este punto es muy tranquilizadora, porque 100 ó 150 defunciones en 15 provincias de Italia no es cifra que aterre, pues de viruela, de tífus, de cualquier otra epidemia, se registrarían más en cualquier época del año.

El cólera, sea por lo que quiera, no presenta aquella voracidad horrible de las primeras invasiones en Europa.

En Francia, aunque difundido por el mediodía, no ocasiona ni aun las defunciones que en Italia. Lentamente parece que se acaba, mostrándose cada día más benigno.

La ciencia, confundida con su misterio, ya no despliega sus labios. El orgullo de la razón humana ha quedado abatido. ¡Ojalá que, reconociéndolo así los hombres, descargasen con su confesión sincera la justa ira de Dios!

Dicen de Berlín que las negociaciones entre el Vaticano y Prusia han entrado en un nuevo período, en el cual habrán de tener pronto é inmediato resultado. La Santa Sede pide, como condición *sine qua non* de todo arreglo en las cuestiones político-religiosas de Prusia, el reconocimiento de una entera libertad en la educación del clero y en el ejercicio de las funciones eclesiásticas, singularmente en lo que concierne á los Sacramentos y á los oficios obligatorios del culto. La *Kreuzzeitung*, periódico conservador, apoya á los órganos del centro católico, que piden al Gobierno acepte esta condición, necesaria para la vida y la libertad de la Iglesia.

Tales desengaños hemos recibido en esta cuestión, y tantos aplazamientos lleva, que ya no nos atrevemos á exponer opiniones propias, y menos si son favorables á la resolución del problema.

El canciller Bismarck no quiere humillar su frente; pero él pasará, y la Iglesia le sobrevivirá hasta la consumación de los siglos. Pequeño es el obstáculo que en los asuntos de este mundo ofrece la vida de un hombre. Bismarck será muy poderoso; pero no podrá vencer á la muerte.

Se cree segura la conferencia de los tres Emperadores en Cracovia para tratar de la represión de la demagogia. Perder el tiempo mientras no se acaben los focos de la infección revolucionaria, mientras Francia esté gobernada por los republicanos, Italia por los carceleros del Papa, *et sic de caeteris*.

Sin embargo, la alianza de los tres Imperios parece un hecho y las bases del acuerdo las siguientes: 1.ª, garantizar los tronos en las familias imperiales reinantes; 2.ª, acentuar la política en sentido conservador.

Podrán entrar en esta alianza contra la Revolución aquellas potencias de segundo orden que la soliciten, y desde luego se tiene ya la adhesión de Rumania y de Servia; pero no Francia é Italia, por ser potencias, á juicio de Bismarck, esencialmente revolucionarias.

Además parece que se ha organizado un sistema de policía internacional para vigilar á los demagogos, que tienen montada su red de conspiración en todas las naciones.

Bueno es que los Emperadores piensen en la defensa; pero no va por ahí el camino de la salvación. La Revolución ha hecho blanco de sus tiros á Roma,

es decir, al Papa; pues ahí está la piedra fundamental de la restauración europea.

Mientras la autoridad del Papa esté oprimida, la demagogia andará suelta.

La república francesa no puede estar en paz ni un día; la guerra de Túnez, la de Madagascar, la de Tonkín y ahora la de China, demuestran que la guerra es para ella un atributo de primera necesidad. A río revuelto, dice nuestro refrán, ganancia de pescadores. Francia no sale ganando nada, pues estas guerras le cuestan un sentido, y la de China puede costarle alguno más. Según dicen los periódicos alemanes, Ferry ha pedido permiso á Bismarck para emprender la guerra, y el viejo Canciller, que está usando de Francia para mortificar á Inglaterra, se lo ha concedido, ofreciéndole además la benevolencia de Rusia. Esto prueba que en el fondo de esta guerra hay oculta una cuestión europea.

Por lo que hace á las vicisitudes de esta guerra no puede calcularse nada seguro, pues se está haciendo de un modo irregular. La victoria de Foutchou, que tanto ha envalentonado á los franceses, significa muy poco, porque la escuadrilla china derrotada se componía de siete buques con veinticinco cañones, mientras que la francesa constaba de tres fragatas colosales con más de cien cañones. El ejército chino, aunque menos disciplinado, es tres ó cuatro veces más numeroso que el de Francia. La guerra, por lo tanto, puede ser muy grave.

A los intereses europeos y á los intereses cristianos conviene el triunfo de Francia, pues á los ojos de los chinos Francia representa la civilización cristiana. Ni Rusia, ni Alemania, ni mucho menos Inglaterra, consentirían en el triunfo de China, que sería fatal para el comercio de Europa; pero podría suceder, y esto sería vergonzoso, que Francia no pudiera por sí sola apagar el fuego que ella ha encendido.

Este es el estado de las cosas. Lo demás irá viniendo.

Las Cámaras belgas han aprobado ya la reforma de la ley de enseñanza, dictada en odio á la Iglesia por el anterior Gobierno. Irritados cada vez más los liberales con su derrota, siguen organizando manifestaciones públicas contra el Gabinete católico que preside Mr. Malou. Estas manifestaciones públicas han ocasionado ya serios desórdenes. Pero por esto no se detienen en su nueva marcha. M. Frere Orban y sus amigos no hallan otro medio mejor de combatir á los católicos; tanta confianza tienen en los medios legales, por ellos continuamente proclamados desde el poder.

El país, indignado de tanta farsa, abre cada día más los ojos, y comprende la necesidad de la unión de los católicos para rechazar en todos los terrenos estos ataques de la masonería liberal.

Las cosas pueden llegar, por donde las llevan los liberales, á producir gravísimos disgustos.

La guerra de Egipto va de nuevo á reanudarse con la gran expedición que se dirigirá en socorro del general Górdón. El Nilo ha comenzado á subir, facilitando ya la navegación. Créese que la expedición no empezará hasta la segunda quincena de este mes.

Después de varias pruebas, la Comisión de oficiales de marina nombrada para este efecto ha elegido el tipo del barco que deberá emplearse en la navegación del Nilo. Pesa 1.300 libras y puede llevar 6.700 libras, ó sean doce hombres con equipo, municiones y víveres para cien días. El Almirantazgo ha mandado construir 400 de esos barcos.

Para tripularlos, el Gobierno inglés ha contratado barqueros del Canadá, que son muy hábiles. La expedición podrá ser fecunda para la Geografía y para las ciencias naturales.

El 24 de Agosto, aniversario de la revolución de 1820, los republicanos portugueses han celebrado una gran manifestación, concurriendo al cementerio á depositar coronas en las tumbas de los revolucionarios Fernández y Thomás.

No se ha alterado el orden, dicen los telegramas y la prensa liberal. ¿No? ¿Pues en qué consiste el orden de una monarquía?

La manifestación republicana es una alteración del orden monárquico; no es preciso que corra la sangre. Eso viene después.

El Rdo. P. Antonio María di Jorio, miembro de la Universidad pontificia de Florencia, y general de la Orden de Agustinos, ha dirigido una invitación á todos los Obispos, Universidades católicas y Seminarios, á todas las Academias y Sociedades cristianas y á todas las Ordenes religiosas, recordando que el 5 de Mayo de 1887 será el XV centenario de


la conversión de San Agustín, y encargando que se procure solemnizar con gran pompa en todo el orbe católico este centenario, que no sólo es de dicha conversión, sino de la muerte de Santa Mónica, madre del gran Padre de la Iglesia, y también de la Orden Agustiniana.

La masonería ha emprendido una campaña contra la Iglesia en varios países de América. A Nueva York acaba de llegar el Obispo de Costa Rica en compañía de muchos miembros de la Compañía de Jesús, expulsados de aquel Estado por el Gobierno de la República. Esta pequeña República de la América central, dominada por la francmasonería, como muchos Estados de América, incluso el Brasil, ha querido vengarse así de la publicación de la Encíclica *Humanum genus*. Otra república americana, la Argentina, llamada á un brillante porvenir, ha visto á sus autoridades protestar con ira sectaria contra la condenación de la francmasonería por el Soberano Pontífice. Pero los católicos de Buenos Aires son numerosos y de un valor á toda prueba, están unidos además como un solo hombre, y sabrán probar al Gobierno que no están dispuestos á consentir ninguna suerte de *Kulturkampf*.

La conducta de los católicos de Buenos Aires debe servir de norma á todos los de América para tener á raya á la masonería, que cuenta en aquellos países con grandes recursos.

M. RIERA.

OJOS QUE NO VEN...

 HAY un pájaro al que no conozco por su nombre á pesar de que debe estar inscrito en el registro civil ornitológico, pero que, á juzgar por su fama, debe ser un pájaro de cuenta.

Bien quisiera, ya que no puedo citar por su nombre, describir su figura, su tamaño, el color de su plumaje, etc., etc... Pero es el caso que tampoco le conozco por sus cualidades físicas.

Dirán ustedes que esto es saber muy poco tratándose de un bípodo plume que, por lo visto, va á desempeñar un papel importante en este artículo.

No, no es precisamente que yo sepa poco del pájaro (llamémosle H por llamarle de alguna manera); es que lo ignoro casi todo.

Pues bien; apesar de esta mi ignorancia, ó más bien por esta ignorancia misma, quiero hablar del pájaro... No sería yo escritor casi público si no me metiera á hablar de lo que no entiendo.

El pájaro H no es el mirlo seguramente, porque en este caso no diría á mis lectores: «llámenle ustedes *hache*», sino «llámenle ustedes *mirlo*». Esto no tiene vuelta de hoja.

Y por otra parte, el mirlo no es un pájaro digno de la epopeya. Como ha dicho un poeta,

«... cifra su gloria
En decir lo que aprende de memoria...»

cualidad que, si le asemeja á algunos bípodos implumes que encantan nuestros oídos desde la jaula escénica ó desde la pajarera parlamentaria, no es bastante por sí sola para justificar la celebridad.

Pero dejémonos de digresiones y vamos al asunto. Llámese como se quiera, hay un pájaro que, según cuentan las crónicas cinegéticas, cuando se ve perseguido por los cazadores esconde la cabeza debajo del ala (que podrá ser el ala derecha ó el ala izquierda, según los casos), con lo cual cree haberse ocultado á la vista de sus perseguidores y escapado á sus asechanzas.

A la verdad, con tal procedimiento no da una idea muy aventajada de su perspicacia; pero vaya usted á convencer al tal animalito de que su estratagemma está en desacuerdo con las más vulgares nociones del instinto de conservación. No ha aprendido otra cosa, y entre los pájaros, lo mismo que entre los hombres, el que hace lo que sabe no está obligado á más.

Difícil parecerá á cualquiera que este pájaro estólido haya podido transmitir á los seres racionales la cualidad que le ha dado fama popular señalándole á la rechifla y á las burlas de la gente.

Pues, sin embargo, es una verdad tan grande como un gobernador civil.

No se puede dar un paso por la floresta administrativa, por la alameda social ó por la selva enmarañada de la política sin tropezar con esta casta de pájaros.

Y es que cuesta menos trabajo cerrar los ojos ante el espectáculo de las miserias, de los abusos, de las injusticias y de los vicios sociales, como hace el pájaro H ante el peligro, que mirarlos frente á frente y hacerles cara para estudiarlos, corregirlos ó imponerles el debido castigo.

Los filósofos de la antigüedad y los estadistas modernos se han dado de calabazadas para discurrir una exacta, clara y concreta definición de la palabra *Gobierno*, y no han conseguido formularla de una manera satisfactoria.

Yo he sido más afortunado, dicho sea sin modestia; y como no me propongo explotar este invento en mi exclusivo provecho, voy ahora mismo á entregarle á todos los vientos de la publicidad, en condiciones tan económicas que esté al alcance de las más mendicantes inteligencias. Allá va:

«Gobernar es hacer la vista gorda.»

Bajo este punto de vista flaca, el pájaro H es el símbolo del Gobierno, es decir, del Gobierno que ahora se usa.

Los gobernantes de ahora son hombres, claro está, como lo han sido los gobernantes de todos tiempos. Digo esto, y tengo interés en insistir en mi afirmación, para dejar sentado que, puesto que son hombres, no pueden ser topes, y no siendo topes no pueden dejar de ver lo que ven todos los que no son topes aunque no sean tampoco gobernantes.

Tal vez se me ha motejado en ocasiones de falta de fe política; acaso también algunas veces me he dirigido á mí propio el cargo de que no concedo bastante autoridad á los principios; pero es indudable que siempre he respetado el principio de autoridad.

Bajo este supuesto, no pretendo deprimir á los que ejercen autoridad ó mando; y si alguna vez, como hoy, me permito alguna inocente chanza con los administradores de los intereses públicos, no se debe tomar á mala parte, sino considerarlo como genialidad de un vejete que todo lo encuentra censurable, ó como conato de rebeldía de un chico mal criado que se atreve á burlarse de la severidad de su tutor.

Me parece que no he ofendido á nuestros gobernantes al compararlos con un pájaro dotado de buena vista pero que se condena voluntariamente á la ceguera en presencia del peligro. En todo caso, y para desagrararlos, no tengo reparo en declarar que tienen vista de lince, ojos de Argos y que nada se escapa á su penetrante mirada. Es más: no tengo inconveniente en decir que son águilas caudales capaces de estar horas enteras mirando al sol cara á cara con la misma imperturbabilidad que si mirasen á las Batuecas.

Pero esto no quita (y vuelvo á mi tema) que los hombres de gobierno cierran los ojos cuando deberían tenerlos más abiertos y abran la mano cuando debieran tenerla más cerrada.

Y como no he leído en ningún libro antiguo ni moderno que se pueda gobernar con la vista de la mano ni con el tacto de los ojos, de aquí mi extrañeza cuando me veo enfrente de procedimientos administrativos que me parecen bizcos de la mano zurda y mancos del ojo derecho.

Todo este farragoso exordio, queridos lectores, me ha sido inspirado por mi criado Roque, aunque les parezca á ustedes raro.

No sé por qué resquicio de la compuerta de su caudalosa bachillería se le escapó esta mañana, en su conversación conmigo, una noticia que me pareció estupenda.

Díjome á boca de jarro, y sin prepararme, que el señor gobernador de la provincia *había suprimido los suicidios...* por lo menos en la capital.

Me eché á reír de la simplicidad de mi sirviente; insistió él en su afirmación; repliqué, contestó, me puse serio, se puso mohino y, por último, salió de mi cuarto, y volvió á entrar trayendo un periódico atrasado, que puso, sin decir palabra, delante de mis ojos.

En fin, y para no cansar, después de recorrer las columnas del diario, tuve que convenir en que Roque tenía razón á su modo.

La autoridad superior civil de Madrid ha visto (lo cual es otra prueba de que los gobernantes tienen á veces abiertos los ojos) que los hombres y las mujeres sobre quienes ejerce dicho funcionario su paternal administración, cansados de matarse unos á otros, habían dado en la pícara costumbre de matarse á sí mismos.

Esto debió llamarle la atención (y es de suponer que la atención de aquella autoridad estaría lejos cuando fué preciso llamarla) sobre la progresión ascendente de un delito...

Ea, que no puedo prescindir de cometer aquí otra digresión.

¿Es delito el suicidio? Lo es para todo buen cristiano, y hasta para el que no lo sea, puesto que tiene su sanción en el Código moral, al que están sujetos indistintamente lo mismo los cristianos efectivos que los nominales.

Pues entonces, ¿cómo es que ese delito, ó por lo menos el conato, la tentativa, no se castigan jamás?

Y hay que tener en cuenta que, respecto de los autores de dicho delito, consumado ó frustrado, no puede invocarse la fórmula sacramental de «no han sido habidos», porque son casi los únicos delincuentes que no «logran burlar la vigilancia de los agentes de la autoridad».

De manera que viene á resultar que á una clase de delincuentes se les busca para castigarles, pero no se les encuentra, y á otros se les encuentra sin buscarlos, pero no se les castiga...

Basta de digresión, que no conduce á ningún resultado práctico.

Iba diciendo que, según he visto en los papeles públicos (por cierto ya algo atrasados de fecha), ha llegado á preocupar á la autoridad el extraordinario número de suicidios que se cometen en Madrid de algún tiempo á esta parte.

Todos los días, al lado de las noticias de caballos muertos en las plazas de toros de la península, de perros asfixiados en el depósito municipal, de tahoneros multados por expender pan *deficiente*, de precauciones científicas y remedios empíricos contra el cólera asiático, de servicios prestados por autoridades más celosas que Otelio, y de otra infinidad de calamidades públicas, todos los días registraba la prensa dos, tres y más casos de suicidio, cuya repetición traía en alarma á la gente y servía de pasto á todas las conversaciones.

Ante esta manifestación patológica de los malsanos humores que circulan por el cuerpo social; ante esta especie de epidemia moral que invade los espíritus, atrofia los puros sentimientos del corazón y no sólo aniquila el organismo animal sino que mata el alma, claro está que los encargados de velar por la salud pública y por el bienestar de los ciudadanos no podían permanecer indiferentes.

Como no hay efecto sin causa, parecía natural que los gobernantes se diesen á estudiar los orígenes, los antecedentes, la historia y las especiales circunstancias del mal para aplicarle el remedio, ó cuando menos algún paliativo que sostuviese la vida del enfermo mientras llegaba el caso de emplear, con todo conocimiento de causa, los medios heroicos que tiene ó debe tener siempre en su farmacopea el Gobierno de un país para los graves padecimientos morales.

Ad extremos morbos, extrema remedia, decía Hipócrates, y este aforismo así se dirige á los médicos para la salud corporal del individuo, como á los poderes públicos para la salud moral de los pueblos.

De los profundos estudios y sabias meditaciones de la autoridad respecto de tan pavoroso problema, había de resultar algo.

Y en efecto, resultó que en la terapéutica liberal no hay medicamentos, ni drogas, ni *triaca magna*, ni píldoras, ni jarabes que curen esos estados cancerosos que afectan á la colectividad; no hay más que *enemas*, que se aplican á domicilio para aliviar al contribuyente, ó sangrías, sanguijuelas y ventosas si aquéllos no llenan por completo la indicación de los Galenos gobernantes.

Pero una autoridad celosa, previsora é inteligente no puede cruzarse de brazos en presencia de un peligro social. Había que hacer algo para poner coto á esa *mania suicida* que invade el manicomio administrativo.

Y dicho y hecho: la autoridad superior de la provincia se encargó de poner el cascabel al gato... y se le puso.

Llamó á su despacho á los directores de los periódicos madrileños y les dijo:

«Desde el gran Zapirón el blanco y rubio, que después de las aguas del diluvio...»

No, éste es el principio de la fábula de Samaniego; lo que les dijo, poco más ó menos, fué:

«Señores, todo el mundo se suicida, y esto no puede quedar así.

«El suicidio hace asombrosos progresos, y el Gobierno supremo, del que soy fiel representante, no puede ver indiferente que se lleve el progreso fuera de sus naturales esferas.

«Demasiado comprendo que ni ustedes ni el Gobierno ni yo sabemos cosa mayor en esto de regenerar sociedades suicidas.

«Si se tratase de triquiñuelas políticas ó de problemas electorales, estaríamos al cabo de la calle; pero se trata de un problema social al que no podemos hincar el diente.

«La autoridad no tiene medios para coartar la libertad del ciudadano que quiere suicidarse; pero la autoridad quiere que se acaben los suicidios, y cuenta con la eficaz cooperación de la prensa periódica, palanca que... etc., etc.

«Ruego, pues, á los dignos motores de esta palanca que la empleen, no como Arquímedes para mover el mundo, sino pura y simplemente para echar la losa del silencio sobre esta clase de hechos.

» No podemos resolver el problema... pues se le aplasta y es lo mismo.»

Los representantes de los periódicos accedieron á las indicaciones del Sr. Gobernador civil... y se acabaron los suicidios. No se encuentra uno para un remedio desde aquel día.

Si oyen ustedes decir en voz baja que se ha quitado la vida algún desdichado, pueden creerlo si gustan; pero tengan ustedes en cuenta que el que tal ha hecho es un suicida extraoficial, un suicida que no tiene derecho á verse en letras de molde, en una palabra, *un suicida de matute*.

BLAS.

LOS GRABADOS

EMMO. SR. DR. D. JUAN IGNACIO MORENO,

Arzobispo de Toledo y Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

En la revista de este número se hace un resumen de su vida, publicada ya en el tomo II de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

VISTAS DE PORTUGALETE EN LA DESEMBOCADURA DE LA RÍA DE BILBAO

Nuestras costas cantábricas abundan, como pocas, en lugares amenos y pintorescos. Uno de los más bellos por su situación en la desembocadura del Nervión es Portugalete, aldea de corto vecindario pero acompañada de numeroso caserío, diseminado en los contornos que dan cara á la hermosa ría de Bilbao, venero de gran riqueza, continuamente surcada por numerosas embarcaciones de todas clases. En el mismo Portugalete hay minas de hierro y fábricas que enriquecen el país, y son cebo al comercio de los extranjeros que visitan nuestras costas.

Muchas veces hemos lamentado nosotros que los españoles vayan á buscar las de Francia teniéndolas aquí tan bellas y pintorescas; pero el lujo moderno nos ha extranjizado de un modo que nada de lo nuestro place por bueno que sea; y en cambio lo extranjero, aunque sea malo, place y entusiasma á maravilla. Para contribuir en la corta medida de sus fuerzas á convertir la atención de los españoles hacia las bellezas de nuestra patria, LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA publica de vez en cuando vistas pintorescas de nuestras provincias. En España no habría que envidiar nada al resto de Europa si abundásemos todos en el patriotismo que la Revolución ha helado en nuestros corazones.

FUMIGACIÓN DE VIAJEROS EN LAS ESTACIONES DE LOS FERROCARRILES FRANCESES

La repentina aparición del cólera en la provincia de Alicante ha hecho que se redoblen las precauciones sanitarias en todas nuestras ciudades, y principalmente en Madrid, donde es más terrible, en todos conceptos, la invasión del terrible huésped. Entre estas precauciones, la más importante es la de las fumigaciones, la cual, como medida general, está admitida por la ciencia en todos los casos de peste, si bien en el caso particular del cólera la ciencia no ha sabido precisar sus opiniones.

Nuestro grabado representa la escena de la fumigación según se ha practicado en las estaciones de Francia. Los viajeros, en cuanto llega el tren, pasan á una sala que se riega en seguida con fenato de sodio, mientras que un químico provoca con aparatos especiales la exhalación de vapores de ácido sulfúrico nítrico. Los viajeros permanecen allí sometidos á la acción de tales miasmas químicos algunos minutos. Luego se introducen los equipajes y se someten á doble fuerza de vapores nítricos durante media hora. La policía lleva una guía de todos los viajeros que llegan, donde consta su origen y su destino.

A pesar de estas precauciones el cólera salta por donde le place, y el terrible misterio permanece oculto en los designios de la Providencia.

El mejor desinfectante son las buenas obras y las oraciones que desarmen la cólera divina.

DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ,

célebre poeta dramático † el 25 de Agosto último.

Un amigo nuestro ha escrito las siguientes líneas acerca de García Gutiérrez, que reproducimos como la mejor explicación del retrato que publicamos en justo tributo á su memoria:

«Ninguno, dice, de los que en la presente generación cultivan las bellas letras ha dejado de considerar á García Gutiérrez como uno de los maestros de la dramática moderna, no tanto por el ingenio con que ideaba y desarrollaba las fábulas y pintaba los caracteres, como por aquel encanto incomparable de su deliciosa poesía, que le ha asegurado puesto inmortal en la historia de la literatura contemporánea al lado de Hartzenbusch y de Ayala, del duque de Rivas y de Zorrilla, representantes de aquel arte de versificación primorosa que llevaron al colmo de lo bello Lope, Tirso, Calderón, Moreto, Rojas y otros cien ilustres creadores de la comedia española.

«García Gutiérrez nació el año 13 en 5 de Julio. Había, pues, cumplido setenta y un años. El 36 obtuvo su primer ruidoso triunfo con *El Trovador*, el más aplaudido aunque no el mejor de sus dramas.

«Respondía aquella obra al exagerado gusto de la época

por el romanticismo; había gran frescura y mucha arrogancia en el diálogo, idealidad en los tipos y no poco interés en el asunto, y el público, arrebatado, pidió por primera vez que el autor se presentara en las tablas á recibir el homenaje de la multitud entusiasta.

Desde entonces la carrera de García Gutiérrez fué una serie de triunfos que acabaron con *El grano de arena*, última producción representada pocos años há en el teatro de la Comedia.

Quizá pasan de setenta las obras que deja escritas. Merecen particular mención *Simón Bocanegra*, *Un duelo á muerte*, *Venganza catalana*, *El grumete*, *Noblesza obliga*, *Juan Lorenzo*, *Crisólida y mariposa*, *Doña Urraca de Castilla*, *Las cañas se vuelven lanas* y algunas otras que, ó se verán siempre con deleite en la escena, ó se leerán con regocijo en el gabinete del literato.

Fué liberal; pero su espíritu, como el de Ayala, vivía con los insignes escritores del siglo XVII. Semejábale á Lope en la manera de pintar los delicados rasgos de la mujer, y en su dicción tierna y dulce.

Que ha muerto pobre, es inútil decirlo. Gracias á los destinos públicos que ha desempeñado, ha podido vivir con cierta holgura; pero como no rindió culto á las gracias y bufonadas con que los industriales de la literatura se enriquecen, no pudo nunca tener una renta como la que gozan escritorruelos impúdicos, cuyo nombre se enterrará con sus despojos.

Pedimos á nuestros lectores oraciones por el alma del ilustre difunto.

ÚLTIMA PASTORAL

DE SU EMINENCIA EL CARDENAL MORENO
escrita pocas horas antes de morir.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO,
PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, AL CLERO, FIELES Y RELIGIOSAS DE LA DIÓCESIS, SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

En cumplimiento á las órdenes del Sumo Pontífice nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, os dirigimos hoy de nuevo, venerables hermanos y amados hijos, nuestra voz pastoral para anunciaros con gran consuelo de nuestra alma y extraordinaria satisfacción de vuestros piadosos corazones que se acerca la alegre festividad del nacimiento de nuestra amorosísima Madre la Inmaculada Virgen María, que con tanta pompa y gozo universal se celebra anualmente en nuestra diócesis y en las demás de nuestra católica España. Este año el Sumo Pontífice, como recordareis, teniendo presente sus Letras Apostólicas dadas en Roma en la festividad de Pentecostés, día 1.º de Junio próximo pasado, no creyendo prudente acceder á las piadosas preces que le dirigieran varios Cardenales, Arzobispos y Obispos del orbe católico, ha dispuesto se haga en toda la Iglesia un solemne triduo para celebrar con mayor entusiasmo y esplendor que los años anteriores la gloriosa Natividad de la que es y proclamamos Madre de Dios, Reina de los Angeles, auxilio de los cristianos y poderosa Emperatriz del cielo y de la tierra. Para estimular más y más la piedad de los fieles y su asistencia al solemne triduo, Su Santidad se ha dignado conceder indulgencia plenaria, con aplicación á las benditas almas del Purgatorio, á todos los que asistan al triduo y confesaren y comulgaren, y siete años y siete cuarentenas de indulgencia á los que asistan alguno ó algunos días del expresado triduo.

Y á fin de que los fieles de nuestra diócesis puedan aprovecharse de estas gracias espirituales, y acreditar de un modo positivo su obediencia á las disposiciones pontificias, ordenamos: que los días 6, 7 y 8 del próximo mes se celebre un solemne triduo en todas las iglesias del arzobispado, autorizando á los señores curas, rectores, ecónomos, y á encargados de las iglesias ó capillas públicas, así como á las reverendas Madres superiores de las comunidades de religiosas, sean ó no de clausura, para que puedan exponer á su Divina Majestad durante el triduo y el día de la Natividad, siempre que sus circunstancias lo permitan y se observen las ceremonias que para la exposición del Santísimo Sacramento previenen las Sagradas Rúbricas; y encargamos á los fieles que se detengan á orar fervorosamente por la intención del Romano Pontífice, cuyas aflicciones van, por desgracia, en aumento, pidiendo muy de veras al Señor sacramentado que cuanto antes le restituya en el ejercicio de su principado temporal, que hace más de diez siglos viene disfrutando, por disposición de la Divina Providencia, en garantía de su libertad é independencia en el desempeño de su poder espiritual; principado temporal que, á pesar de los odios y ambiciones de sus adversarios, y de la lamentable indiferencia de no pocos católicos, tiene en el día la Iglesia, acompañada de sus buenos hijos, el sagrado deber de defender y reclamar sin cesar para el logro de los altísimos y civilizadores fines para los que Dios, en su divina sabiduría, se dignó concedérselo.

Este triduo se celebra en nuestra santa Iglesia Primada los días indicados en la forma que dispongamos, de acuerdo con nuestro Excelentísimo Cabildo.

Sí, venerables hermanos y amados hijos; procuremos todos con el mayor fervor asistir al expresado triduo papal, y durante el mismo no cesemos de pedir á la Santísima Virgen se muestre que es nuestra tierna y cariñosa Madre, influyendo en su poderoso patrocinio para que su Divino Hijo se digne oír misericordioso y despachar favorablemente las humildes preces que en las presentes tribulaciones de la Iglesia le dirigimos confiados en su omnipotencia divina é infinita bondad.

Recibid, venerables hermanos y amados hijos, la bendición que os damos á todos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. — JUAN IGNACIO, CARDENAL MORENO, *Arzobispo de Toledo*. — Por mandato de su Eminentísima Reverendísima el Cardenal Arzobispo mi señor, D. Niceto Gómez de Balugera, pro-secretario.

EL CAMPO SANTO

UNA nueva agresión contra la Santa Iglesia tenemos que lamentar los españoles con motivo de la arbitraria disposición tomada recientemente mandando cerrar la mayor parte de los cementerios, y ordenando que las inhumaciones se hagan en lo sucesivo en un lugar profano hasta ahora, y que sólo será sagrado en una de sus porciones merced á la condescendencia y bondad extraordinaria de la autoridad eclesiástica.

Paz á los muertos ha dicho siempre la Fe; y la Revolución, para cumplir su triste cargo de ser antagonista permanente de aquella, dice, y lo que es peor hace, guerra también á los muertos, y mortifica é inquieta las conciencias de los vivos en cuanto á la muerte se refiere.

No es nuestro ánimo demostrar los inalienables derechos de la Iglesia acerca de los cementerios, en los cuales la misión de la autoridad civil es de todo punto secundaria, y por consecuencia la injusticia con que se pretende otorgar á ésta la plenitud de los derechos, dejando, como casi siempre sucede, á la autoridad eclesiástica de odioso testafierro sobre la cual recaiga la nota de codiciosa, al mismo tiempo que se la priva de todo recurso y temporalidad; no nos proponemos tampoco, pues sería superfluo ante la elocuencia de los hechos públicos y notorios, denunciar la conducta del Ayuntamiento de Madrid, que en el mismo documento en que llama á la Iglesia madre de los fieles la trata no ya como á madrastra, sino peor que á descuidada sirviente, negándose á consignar que la *satisfará* una mezquina retribución de lo que la pertenece de derecho, y sustituyendo la palabra con la de *cederá*, y eso con la *frescura* de confesar que, al decir esto, queda libre para rebajar ó suprimir estas cesiones.

Como si no supiéramos que los contratos de las colectividades revolucionarias con la Iglesia no son más que repeticiones prácticas de aquel apólogo que hubo de representar Esopo valiéndose de animales irracionales, quizá por creer que los hombres se darían por ofendidos si hubiera supuesto en ellos iniquidades tan monstruosas!

Desearnos solamente llamar la atención de los católicos para que de ninguna manera contribuyan directa ni indirectamente, en cuanto les sea posible, á las arbitrariedades consignadas.

En primer lugar, quedan aún, si no estamos equivocados, algunos cementerios que no se han arrancado *todavía* de la maternal jurisdicción de la Iglesia, y á ellos podemos y debemos llevar á nuestros hermanos difuntos.

Además debemos acudir á la autoridad eclesiástica y facilitarle los medios de que adquiera un local fuera del alcance del *pretexto* que hoy se da de la peligrosa proximidad de los cadáveres para la higiene de las poblaciones.

Como los católicos no hemos de buscar en la adquisición de tal terreno granjerías de ninguna especie, podemos fácilmente adquirirle; y hasta tanto que se nos arrebató ó prive de él, tendremos morada pacífica donde conservar los restos corporales de los que somos templos vivos del Espíritu Santo, y en la que pueda campear sola y sin que alterne con vergonzosas insignias la santa Cruz de la redención.

Quédense en paz los que no quieran ser católicos con sus enterramientos civiles, ya que la ley absurda que rompió la unidad de nuestra Fe se lo permite y protege, y dejémoslos á los fieles de Cristo que constituimos la comunión de la Iglesia un Campo Santo donde conservar después de la muerte esa

misma comunión entre nuestros cuerpos regenerados, á la par que nuestro espíritu, por el santo Bautismo y bendecidos por los demás Sacramentos.

Otro día procuraremos indicar los medios prácticos de verificar lo que nos parece asunto de seria meditación y de trascendental importancia.

(Se continuará.)

M. B. C.

LA INQUISICIÓN

I

NO se asusten nuestros lectores al eco terrorífico de la palabra *Inquisición*. Entre ellos habrá quienes, á pesar de su fe ardorosa y piedad verdaderamente cristiana, no puedan oír hablar del *Tribunal del Santo Oficio*, cuyo solo nombre evoca horribles recuerdos, y trastorna y atormenta su imaginación, representando con encendidos colores las misteriosas infamias de una política cruel, envuelta en el manto hipocrita de la religión augusta del Calvario.

Pero discurremos con calma.

¿Qué fué la Inquisición? Era un tribunal mixto, compuesto del elemento eclesiástico que inquiría la doctrina, y del elemento civil que reprimía con castigos corporales las agresiones del error contra la verdad católica.

¿Puede la Iglesia *inquirir* la doctrina? Es decir, ¿puede la Iglesia examinar y juzgar la doctrina, discerniendo la verdad revelada de los errores que contra ella, y quizá en su nombre, se enseñan? Es evidente que sí. Los Pastores de la Iglesia han recibido de Jesucristo la misión de apacentar el espíritu de los fieles con la saludable doctrina que el Redentor de los hombres trajo del cielo á la tierra para nuestra salvación eterna. Y no podrían los Prelados llenar cumplidamente este celestial encargo sin apartar de pastos envenenados las ovejas confiadas á su solicitud pastoral, y dirigir las al huerto cerrado por la mano misma del Salvador.

¿Y es de la competencia del poder civil el castigo de los delitos contra la religión? No lo es sin duda el juicio acerca de la ortodoxia de una doctrina, porque esto corresponde exclusivamente á la autoridad eclesiástica; pero sí puede Estado, cuando es católico, hacer que la religión, cuya verdad divina reconoce, sea la base y el fundamento de su constitución política. Hecho esto, procede que el poder civil sancione con penas el respeto que una de sus leyes fundamentales se merece. Hé aquí cómo se comprende que la potestad temporal imponga penas á los reos de delitos contra la religión.

Hay también otra consideración muy atendible. Los delitos contra la religión suelen ser de ordinario á la vez delitos contra el orden social, y desde este segundo punto de vista no puede negarse á los poderes públicos la competencia que tienen para castigarlos.

De la unión, pues, de ambos poderes para obtener el doble resultado de la defensa de la fe y de la conservación del orden público resultó el *Tribunal del Santo Oficio*. Esta jurisdicción eclesiástica fué erigida por los Sumos Pontífices en Italia, en España, en Portugal y en las Indias para impedir la propagación de los errores que los judíos, moros, infieles y herejes inoculaban en el corazón de los cristianos. Inocencio III estableció este Tribunal en Roma para proceder contra los atentados sacrílegos de los albigenses.

La Inquisición se estableció en España en tiempo de los Reyes Católicos, á instancias de la gran reina Isabel, quien obtuvo al efecto la bula del Papa, expedida el año 1478. La Inquisición española publicó su primer edicto en Sevilla en 1481; pero ya el año anterior de 1480 las Cortes de Toledo disponían: «para impedir el daño que el comercio de judíos con cristianos podría acarrear á la fe católica, estuviesen obligados los judíos á llevar un signo distintivo, á vivir en barrios separados que tenían el nombre de *juderías*, y á retirarse antes de la noche. Se renovaban los antiguos reglamentos contra los judíos, y se les prohibían las profesiones de médico, cirujano, mercader, barbero y tabernero».

¿Por qué tanto rigor con los pobres judíos? ¿Qué razones pudieron hacer olvidar á la heroína de Castilla los sentimientos de generosidad y clemencia, tan propios de su grande alma?

La verdad es que la monarquía española no estaba asegurada. Los judíos eran á la sazón poderosos por sus riquezas é influyentes por sus enlaces con familias muy distinguidas. Los moros hacían esfuerzos titánicos por conservar las deliciosas llanuras de Andalucía. Allí, cerca del África, podían concebir planes siniestros contra la independencia española, y realizarlos quizá secundados por el influjo, el oro y la acción decidida de los judíos.

Recuérdese que la conquista de Granada no se verificó hasta el 1492, es decir, doce años después de establecida la Inquisición en España.

A estas consideraciones políticas iba unida la horrible prevención que los cristianos abrigaban contra los judíos. Se les acusaba de cometer en sus reuniones nocturnas crímenes los más horrendos, y de elegir para la crucifixión de niños cristianos los días de las fiestas más solemnes del culto católico. Y la opinión pública los señalaba como autores de

sacrilegios, envenenamientos y conspiraciones. Que estos rumores corrían y andaban entonces muy acreditados, y que era por consiguiente muy grande la desconfianza que los judíos inspiraban, lo demuestran de una manera evidente las disposiciones legales que inhabilitaban á los israelitas para el ejercicio de las profesiones que arriba hemos indicado.

La imaginación meridional de los antiguos españoles exageraba tal vez los horrores que se supo-

nían cometidos por los judíos, como la nuestra había de exagerar sin término ni medida los abusos de la Inquisición española. Hay, sin embargo, un hecho histórico que está perfectamente comprobado. Los judíos en Aragón se concertaron para matar á San Pedro de Arbués, y por medio de una contribución voluntaria impuesta á los aragoneses de la raza judía, recaudaron fondos para el pago de los asesinos del santo inquisidor.

COSTAS DE ESPAÑA.



PORTUGALETE DESDE LA DESEMBOCADURA DE LA RÍA.

II

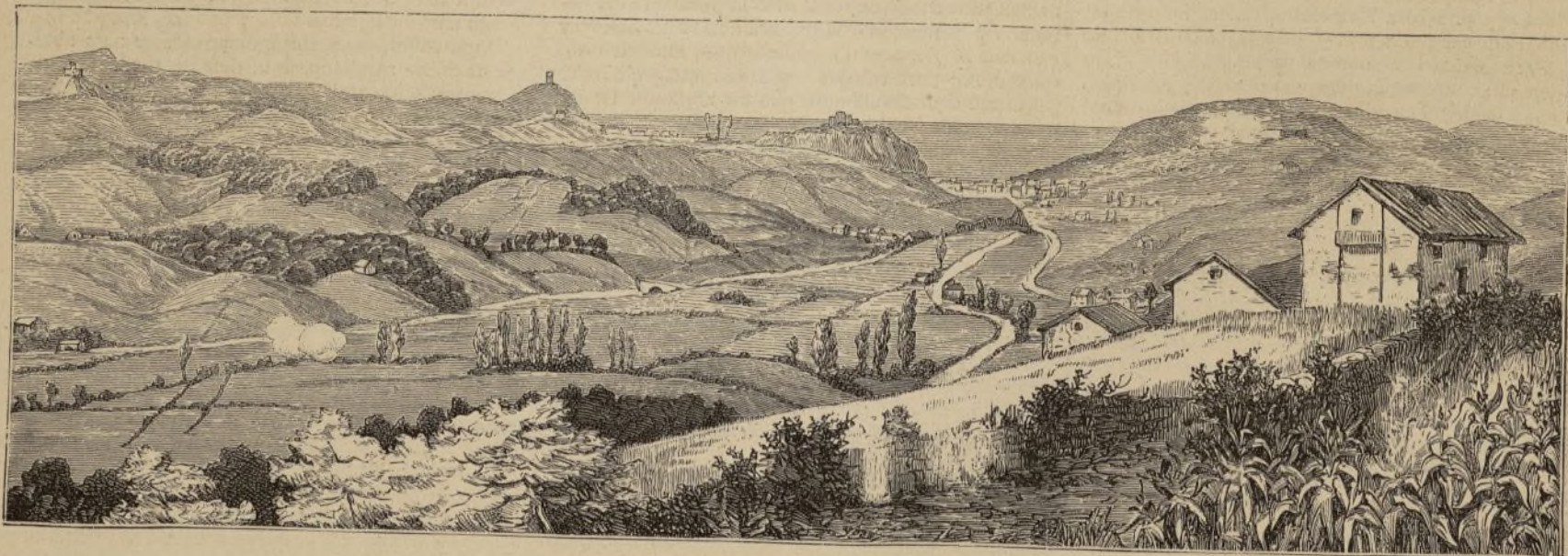
Hemos procurado indicar las consideraciones políticas que, además del sentimiento religioso, inspiraron el rigor y la severidad que vemos desplegados por la Inquisición española.

Carlos V recomendó muy encarecidamente en su testamento á su hijo Felipe II el sostenimiento del tribunal del Santo Oficio, y el fundador del Escorial cumplió exactamente el encargo de su augusto padre.

Si comprometida era la situación de los reyes católicos D. Fernando V y Doña Isabel al establecimiento de la Inquisición en España, inmensamente más críticos fueron los momentos, los días y los años del reinado de su nieto Felipe II. Librábase en Europa la gran batalla entre el protestantismo y el catolicismo: las guerras de religión regaban con ríos de sangre la tierra de Alemania, Inglaterra y Francia; eran innumerables las víctimas, el enseñanza cruel, horrenda la barbarie, la aberración...

infernál. ¡Ah! ¿Qué hubiera sido de España, qué de la Italia, qué de la Europa entera si el protestantismo se hubiera introducido en nuestro país, y los hugonotes hubiesen hallado en nosotros protección y apoyo? ¿Qué hubiera sido de la humanidad, de la monarquía española, teniendo que atender á la vez á la Europa, al Africa, y á la América, y guardar bien cerrada la puerta á los judíos y á los moros?

Dios quiso salvar á España, y la salvó suscitando un gran monarca, el gran monarca de su tiempo,



VALLE DE PORTUGALETE.

Felipe II. Es indudable: sin la Inquisición sostenida por Felipe II, España se hubiera visto en el siglo XVI envuelta en los horrores de una guerra desapiadada, y hubiese desde luego perdido su unidad religiosa, y poco, muy poco, más tarde su unidad nacional.

Jamás podrán los protestantes perdonar á Felipe II la resistencia que les opuso y el desdén enérgico con que siempre los trató.

«Pero la Inquisición de Felipe II, se dice, fué cruel y mereció ser apercibida por la corte romana,

y convirtió el Tribunal del Santo Oficio en espionaje odioso de su despótica tiranía, y en medio innoble de perpetuar la ignorancia.»

No estará de más advertir que Felipe II no estableció una nueva Inquisición, sino sostuvo la antigua. Ni sus rigores fueron introducidos bajo el reinado de este gran monarca. Es injusto excusar á los Reyes Católicos para imponer á su augusto nieto toda la odiosidad de aquellas disposiciones.

La Santa Sede, contrariando los deseos de los

Reyes Católicos, que querían que las causas se fallasen definitivamente en España, nombró un juez de apelación con objeto de evitar los rigores de un celo destemplado. A los Reyes Católicos, no á Felipe II, fué dirigida la bula expedida en 2 de Agosto de 1483, en que la Sede Apostólica se queja de que la Inquisición española deje sin efecto gracias concedidas en Roma á los reos. A los Reyes Católicos es á quienes el Vicario de Jesucristo hace saber que «la misericordia para con los culpables era

más agradable á Dios que el rigor que con ellos se quería emplear».

Levantemos acta de estas palabras para vindicar á la Iglesia católica del cargo injustísimo de crueldad con que algunos ignorantes ó mal intencionados pretenden oscurecer sus glorias y hacer odiosa su misión maternal. ¡La Inquisición romana no ha llegado jamás á la imposición de una sola pena capital! No acusemos, sin embargo, de crueles á los monarcas de España que en situaciones difícilísimas no siempre pudieron contenerse dentro de los estrechos límites de la moderación más templada.

Es completamente inexacto que la Inquisición favoreciese el despotismo. Predicaba en Madrid cierto orador en presencia de Felipe II, y dijo: «Los Reyes tienen poder absoluto sobre las personas de los vasallos y sobre sus bienes.» El padre predicador fué condenado por la Inquisición, además de otras penitencias, á retractarse públicamente, leyendo en el mismo púlpito, con todas las ceremonias

de auto jurídico, estas textuales palabras: «Los Reyes no tienen más poder sobre sus vasallos del que les permite el derecho divino y humano, y no por su libre y absoluta voluntad.»

¿Es justo apellidar «fautor de la ignorancia» al espléndido fundador de la magnífica biblioteca del Escorial, que nosotros «¡los ilustrados!» no hemos sabido conservar?

Con respecto á los «autos de fe», diremos que el suplicio del fuego no era exclusivo de la Inquisición. Los delitos más enormes, y sólo los más enormes, eran entonces castigados en toda la Europa, y en todos los tribunales, con ese género de muerte, que hoy nos aterra y espanta, como espantará y aterrará tal vez en el siglo XX el suplicio del garrote y la guillotina.

Dícese que los curas y los frailes, convertidos en verdugos, daban tortura á los reos. Tampoco esto es exacto. ¿No van hoy los reos acompañados hasta el patíbulo por un sacerdote que los exhorta, y los hermanos de una cofradía piadosa que asiste al des-

venturado hasta el momento de su muerte? Hé ahí lo que entonces sucedía.

No es posible rectificar las inexactitudes hacinadas por los enemigos de la Iglesia, y acogidas por gente cándida, contra el Tribunal del Santo Oficio.

Vivamos muy prevenidos, y no nos dejemos sorprender. No formemos juicio de lo que no sabemos, porque es imprudente juzgar sin pleno conocimiento de causa.

VICENTE DE MANTEROLA.

HAZ BIEN SIN SABER Á QUIÉN

LEYENDA ORIGINAL

(Conclusión.)



era en efecto cierto, pues la campana, remedando las lentas pulsaciones de un enfermo moribundo, ora con tristísimo gemido, ora como un ay desgarrador,

DEFENSA CONTRA EL CÓLERA.



FUMIGACIÓN DE VIAJEROS EN LAS ESTACIONES DE LOS FERROCARRILES FRANCESES.

pedía á los mortales oraciones para un semejante cuyo nombre acababa de borrarse del libro de la vida, ó bien les recordaba su destino. Nuestro joven no pudo resistir más, miró al cielo, y cayendo de rodillas, de sus abrumados párpados brotaron lágrimas de ternura.

Aquellos llamamientos al cielo habían sido escuchados, pero ¡ah! ¡cuánto lloró el triste! Llanto sublime, primer bien que el corazón consigue si gime arrepentido, y su fe y esperanzas pone en Dios.

Aquel joven, hijo de una de las principales familias de la Corte de España, educado en un colegio en el extranjero, en cuyo umbral se leía: «Todo sale perfecto de las manos del Criador, en las del hombre todo se degenera»; fórmula engañosa que, negando el pecado original y proclamando bueno por naturaleza al hombre, pervierte en su raíz la educación humana; teoría funesta imaginada por el autor del *Emilio*, encaminada á que el niño no conozca ni el noble freno del amor ni el más noble aún de su libertad, y, en una palabra, á que se apli-

que á sí propio la fórmula salvaje *dejad obrar á la naturaleza*, no había defraudado las esperanzas de sus maestros y era lo que con tales principios no podía dejar de ser: un civilizado al mirarle por de fuera, un salvaje si se le miraba por dentro; pero las lágrimas de su arrepentimiento habían purificado su alma y lanzado la muerte de su corazón.

De hinojos estaba todavía cuando la luz del alba brilló sobre la lágrima suspensa aún en su mejilla, y oyó también la campana que con bulliciosa alegría anunciaba la venida de la rosada aurora. Sintió al oír la dulce emoción, porque su elocuente lenguaje no había tenido pequeña parte en su conversión, y la campana, como si le hubiera conocido, seguía repicando y como imitando la festiva y cándida sonrisa del ángel que abre la puerta del cielo al arrepentimiento.

Salió entonces de su reducida habitación, y ¡cuál no sería su dolor! la infortunada hija de aquel venerable anciano, humedecidos los ojos por el llanto, cosía en ropa blanca, dándose prisa en terminarla,

y á su lado su padre, con la cabeza caída sobre el pecho, dormía ó parecía dormir. Al ruido, aunque leve, que necesariamente produjo al salir, alzó el anciano su lánguida cabeza; y como despertando de un sueño apacible, exclamó antes de conocer que el joven les oía:

— ¡Oh! Hija mía, habrás pasado mala noche por ofrecer la pobre ropa de nuestras camas á nuestro huésped.

— Padre mío — dijo la hija, y le tocaba con el pie para hacerle comprender que aquél les escuchaba.

Pero éste, comprendiendo entonces la grandeza de aquellas almas, ni sabía qué hacer ni qué decir, y de pie en el umbral de la puerta, hubiera permanecido silencioso á no sacarle de tal situación la hija, que le preguntó si había descansado; contestó él con muestras del más fino agradecimiento, en tanto que aquella envolvía su ropa blanca, y disponiéndose á salir, dijo á su padre:

— Con vuestro permiso, padre mío, voy á salir un momento á la compra.



— ¡Á la compra! — exclamó el padre. — Hija de mi vida, ¿qué vas á comprar si nada tenemos?

— Vamos, padre mío — le replicó besándole en la frente; — consolaos por eso: ¿no me habéis dicho que la Providencia nunca falta? Pues bien, ella...

— ¡Ah! Sí, comprendo — interrumpió el anciano — tú no has dormido por concluir la obra que ayer te encargaron, y tú vas á ser nuestra providencia; pero gastas tu salud, tu vida por mantenerme.

Y anegados sus ojos en lágrimas, exclamaba estrechando á su hija:

— ¡Oh! Dios premiará tanta virtud. Dios hará justicia á la mejor de las hijas.

Y ella le contestaba con inefable dulzura:

— Pero, padre mío, ¿hago yo algo que no deba? Vamos, un momento, y vuelvo á abrazaros.

Y saludando con la cabeza al desconocido, salió de la habitación.

Hubo un momento de pausa; el anciano y el huésped permanecieron silenciosos, enternecidos ambos por la escena que acababa de pasar, hasta que al fin éste, rompiendo el silencio y dirigiéndose al anciano con muestra de gratitud, le dijo:

— ¿Cómo podré pagaros, noble anciano, vuestra generosa hospitalidad, el favor tan grande que me habéis dispensado, y sobre todo el bien que en vuestra casa he recibido?

— No sé en verdad — contestó el anciano — cuál sea el bien ni el favor que decís, pues al recibiros en nuestra casa no hicimos otra cosa que cumplir con los deberes de todo buen cristiano, porque Dios lo ha dicho: lo que hagáis con los pobres lo hacéis conmigo.

— Mucho me habéis interesado — interrumpió el joven — y en prueba del respeto y profunda veneración que me imponéis os suplico en nombre de nuestro Dios que me déis consuelos y consejos, que bien los necesito. Sabed, mi querido señor — continuó el manco — que soy hijo de una de las principales familias de la Corte; pero educado fuera del hogar paterno, y sin sentir las dulces emociones del amor maternal, savia purísima que nutre el corazón del niño, porque mi infortunada madre murió al darme la vida; educado por manos mercenarias, sin ver nunca satisfecha esa imperiosa necesidad que el niño siente de amar y sentirse amado, mi educación hubo de resentirse de todos los defectos que una enseñanza sin amor lleva consigo, y pronto fui un joven aturdido que aborrecía todo cuanto no se prestaba á mi capricho; y más adelante, sobrado de dinero y falto de amor, cobrando un profundo desdén á cuanto me rodeaba, me arrojé el lodazal de los placeres, y he sido hasta hoy un frenético calavera; pero buscando una aventura salí anoche á las afueras de la población en busca de un amigo que en un sitio convenido me esperaba, y una circunstancia imprevista, al verme acometido de improviso por dos hombres que á través de la oscuridad me amenazaron con sus puñales, hube, cediendo al número, de buscar mi salvación en la huida; y abrumado de cansancio y perdido en el oscuro laberinto de calles y callejuelas para mí desconocidas, me refugié en esta santa casa, donde gracias á vuestra bondad encontré la más dulce hospitalidad y el ejemplo y la lección que más me han conmovido; ya no soy el mismo; bañado en lágrimas de arrepentimiento he pedido al cielo perdón para mis pasados extravíos, y he ofrecido de corazón la enmienda; ya siento que soy otro, pero ¡ah! buen anciano, ¿cómo, con qué títulos me presentaré á esa sociedad que he vilmente ultrajado? ¿Cómo Dios ha de perdonarme después de tanto ofenderle?

— Noble joven — le interrumpió el anciano — no blasfeméis locamente de la bondad de Dios; uno de sus más bellos atributos es la misericordia. Él os perdonará desde luego siempre que vuestro arrepentimiento sea sincero. Ea, pues, no tardéis; purificad vuestra alma en las aguas generadoras de la penitencia, que en ellas encontraréis la paz que habéis perdido; y si apreciáis en algo nuestra hospitalidad, ella os recuerde vuestras promesas.

La hija retardaba su vuelta, y nuestro joven, impaciente ya por poner en obra los consejos del anciano, le repitió su profunda gratitud, y con los ojos humedecidos por el llanto se despidió, ofreciendo verlos cuando se encontrara, por la misericordia del Señor, lavado de sus pasadas culpas; y dejando una tarjeta sobre la mesa, salió no sin dolor de aquella pobre habitación donde se había verificado su conversión.

Pocos momentos después entraba la hija, triste y silenciosa, mostrando en su pálido semblante el dolor que la agobiaba; tal era su pena, tal la intensidad del sufrimiento, que al ver á su anciano padre sus ojos se turbaron, su voz se anudó en su garganta y hubo de sostenerse en la pared para no caer al suelo; y era que no tenía nada que dar aquel día á su anciano padre; y contando sólo con el produc-

to, bien mezquino por cierto, de su obra, entregada ésta, que á esto había salido, dijéronla que volviera dentro de unos días á cobrar; calculad, pues, si era fundado su dolor; ¿cómo ni con qué podría sostener aquel día á su padre, viejo y achacoso? ¿Cómo podría vivir? Y con los ojos bañados en llanto, suplicaba al cielo viniese en su amparo.

De pronto, entre las mil ideas que cruzaban por su mente, le asalta un pensamiento, que en la desesperación acepta; todavía conserva un relicario de oro, guarnecido de diamantes, que su madre le dió al morir; y por más que la idea de venderlo ó empeñarlo le desgarró y destrozó el alma, no vacila; todo lo quiere sacrificar por la vida de su anciano padre, hasta el recuerdo de su madre moribunda; y trémula y vacilante, exaltada por tan acerbísimo dolor, se dirige á una desvencijada mesa de pino, sobre la que se veía un pequeño cofrecillo; saca de su pecho una llave é intenta abrirlo; pero una tarjeta que hay sobre la mesa llama su atención; la coge y lee.

Al concluir, sus ojos se nublan; y abriendo la mano suelta la tarjeta, que cae rodando hasta los pies de su anciano padre, que se le oía rezar; aquel apellido y aquel título le eran demasiado conocidos; como que la ruina de su familia, el estado en que se hallaban, tenía por única causa una inicua venganza del jefe de aquella casa, hombre calculador, egoísta, insensible, duro, sin amor, y que, según el viento que soplaba sobre su cabeza ó llegaba á su corazón, era feroz y cruel, y que para saciar sus instintos salvajes, sus pasiones desenfrenadas, si necesitaba matar hombres los mataría, si deshonorar familias las deshonoraría, y á manera de sangriento chacal bebería su sangre y aun devoraría sus palpitantes entrañas; calculad, pues, qué ideas no cruzarían por la mente de una de sus inocentes víctimas; pero la virtud era más poderosa en aquel corazón angelical, de tal suerte que, venciendo el primer momento, volvió á brillar en su pálido semblante la calma de la virtud; y volviéndose á su padre, que como no veía nada podía observar, le dijo:

— ¿Quién, padre mío, ha dejado aquí una tarjeta sobre la mesilla de pino?

— ¡Ah! — interrumpió el padre — tienes razón, hija mía; se me olvidó decirte que el joven que anoche recogimos, al marcharse esta mañana, la dejó, al ofrecernos sus servicios, sobre la mesa.

— ¿Cómo, padre mío! — interrumpió la hija. — ¿Es posible que el hombre que con tanta generosidad hemos recogido sea?...?

— ¿Quién, hija mía, quién? — replicó con ansiedad el anciano.

— ¡Oh! No queráis saberlo, padre mío... pasarais mal rato.

— ¿Mal rato?... no comprendo... ¿pero quién es? Y como la hija no contestara, añadió:

— No temas... dímelos... ¿qué puede importar que yo lo sepa?

— Pues bien — replicó la hija — la tarjeta dice... y leyó...

— ¡Oh! — exclamó el padre llevándose las manos á la frente, y como queriendo contener sus sienes — ¡el hijo de nuestro perseguidor!...

Y después de un breve instante, haciendo ademanes como si tratase de desechar un pensamiento que le torturara, retratándose en su venerable semblante la serenidad de su espíritu, dijo á su hija, que absorta y sin articular palabra le observaba:

— Y bien, hija mía, ¿qué otra cosa hemos hecho que hacer bien sin saber á quién?

— ¿Y si lo hubierais sabido? — contestó la hija.

Y el padre al momento replicó:

— Quizá, hija de mi vida, te hubiera propuesto la venta de tu relicario para obsequiarle.

Y el sonido de su voz se perdió con el ruido que el pesado rodar de un carruaje producía en la calle; y padre é hija, como agitados ambos por un mismo presentimiento, pusieron atento oído, y el ruido cesó, llamando al poco rato en la puerta de la habitación. La hija, sin saber lo que la pasaba, se acercó maquinalmente á la puerta y abrió á un sacerdote, que, penetrando en la pequeña sala que hacía también las veces de cocina y dormitorio, puesto que no había más que otra alcobita muy reducida, saludando afectuosamente al anciano, que á pesar de su debilidad se había puesto en pie al oír á su hija decir: — «Padre mío, un sacerdote»; y haciéndole tomar asiento, le manifestó su misión con sin igual dulzura, que se reducía á manifestarlos que iba de orden del joven á quien había recogido aquella noche, que ante su ejemplo se había arrepentido y al llegar á su casa se había encontrado con la infausta nueva de la muerte de su padre; y siendo con ese triste motivo heredero de cuantiosas rentas, había sido su voluntad dividir la herencia en dos partes: una que, distribuida por mano del anciano y su hija,

destinaba á los menesterosos, y otra para padre é hija, que dándole hospitalidad le habían salvado. En su consecuencia venía á saber su nombre y apellido para extender la donación, y hacer saber al mismo tiempo que el joven marqués, renunciando todos sus títulos y honores, marchaba aquel mismo día á retirarse á la soledad de un claustro á llorar sus pasadas culpas, y desde donde, cuando profesase, iría, para cumplir su palabra, á estrechar á sus bienhechores. Excusado es decir lo que pasaría en el ánimo de aquella familia al oír tales nuevas, y sólo diremos para concluir que el anciano, aconsejado por el sacerdote, aceptó la herencia, y alejándose de la Corte se estableció en un pueblo pobre y miserable, donde pasó con su amada hija el resto de sus días apacibles y serenos, siendo amados de todos y conocidos y llamados por su inagotable caridad *los padres de los pobres*; porque á la manera de olorosa flor que derrama por doquiera su aroma y su perfume, la fragancia de sus virtudes á todos llegaba, y el anciano solía repetir muy á menudo: «No hay salvación hoy día para el mundo más que en el espíritu de caridad y abnegación; si los que el mundo llama ricos se hacen pobres de espíritu á fin de aliviar la miseria y el infortunio en tantos casos desgraciados, el mundo está salvado; pero ¡ay entonces de nosotros! si cierran su pecho á la compasión; si en su duro y despiadado egoísmo no se acuerdan del pobre, acordaos de él y haced bien sin saber á quién, que Dios os lo premiará.

José P. VILLAMIL.

LAS MOSCAS

DE algunos años á esta parte, el Dr. B. Grasi viene haciendo numerosas observaciones que le inducen á afirmar resueltamente que las moscas de nuestras moradas son terribles enemigos del hombre y de todos los seres vivientes. A su parecer, las moscas son las propagadoras más activas de las enfermedades infecciosas, epidémicas y parasitarias.

Ved, si no, esas apretadas filas de moscas que durante la mitad del año, y aun durante casi todo él, en muchos países se arrojan sobre todas las materias susceptibles de transmitir el contagio (por ejemplo, las expectoraciones de los tísicos, las evacuaciones de los tifoideos, las larvas de los gusanos de seda muertos, las de las abejas muertas, una costra de tiña, etc., etc.). Cada mosca se impregna más ó menos del virus, especialmente las patas, la trompa y las paredes del vientre, llenándose el intestino. Después se posa con el mayor descaro sobre nuestros manjares, que le sirven de alimento y de retrete. De aquí resulta que nosotros tragamos muchas impurezas y que nos encontramos expuestos á frecuentes enfermedades por pocos gérmenes de infección que haya.

Estos hechos se presentan todos los días: no solamente es el hombre víctima, sino que también lo son los animales y vegetales. A veces la transmisión del mal no se efectúa de una manera tan sencilla, y como puede comprenderse, entonces la infección se opera indirectamente.

En resumen: las moscas recogen las materias nocivas y las distribuyen por todas partes; son verdaderos *embadurnadores*.

Se reconoce que gran número de afecciones se deben á los microbios, y que otras muchas deben tener el mismo origen, aun cuando todavía no se haya demostrado. Por consiguiente, el contagio ha llegado á ser en cierto modo palpable, y por este motivo puede y debe seguirse á la mosca paso á paso en sus peregrinaciones, que hace tan peligrosas para todo el mundo.

Para justificar su declaración de guerra á las moscas, cita el doctor Grasi los experimentos siguientes:

En Rovellasca, donde él habita, un patio separa la cocina, situada en el piso bajo de su laboratorio, instalado en el piso primero; la distancia entre las dos piezas es, pues, al menos de diez metros.

Coloqué, dice, sobre la mesa del laboratorio un plato lleno de huevos de un parásito humano, el *tricotéfal*. Algunas horas después encontré sobre hojas de papel blanco que había dejado en la cocina las pequeñas manchas procedentes de las deyecciones de las moscas; las examiné al microscopio, descubriendo en ellas la presencia de los huevos de *tricotéfal*. Atrapé algunas moscas que volaban por la cocina, y encontré igualmente en sus intestinos los huevos de dicho parásito.

El paciente observador repitió la misma operación con huevos de *taenia solium* (lombriz solitaria), y obtuvo idénticos resultados.

Las moscas transportan igualmente los huevos de los *oxiuros* (pequeñas lombrices blancas).

Humedézcase un poco de polvo de lycopodio con agua azucarada; las moscas acudirán, y pocos minutos después podrán encontrarse en sus intestinos partículas de lycopodio. Igualmente se percibirán glóbulos sanguíneos si se opera con la sangre de una rana.

Si el aparato bucal de las moscas les permite absorber los glóbulos sanguíneos de la rana ó los gruesos huevos de los helmintos, no hay motivo para considerar imposible la absorción de los corpúsculos reproductores de los hongos y de los eschizomicetos, que son causa frecuente de muchas enfermedades.

Para disipar todas las dudas respecto de este asunto, pueden hacerse los experimentos siguientes: Póngase nata de leche cortada al alcance de las moscas, y no tardarán en encontrarse en sus deyecciones los esporos (corpúsculos reproductores) del *oidium lactis*. O bien déjense á las moscas apoderarse del polvo que cubre á los gusanos de seda muertos de pebrina, y en poco tiempo presentarán las deyecciones los corpúsculos reproductores de la botria, causa primera de la pebrina.

Puede repetirse el experimento con bacterias comunes.

Sería una locura despreciar estos hechos creyendo que los gérmenes perecen en el intestino de la mosca.

La digestión no basta de ordinario para destruir los gérmenes de los hongos y de los eschizomicetos. No puede probarse positivamente respecto de las moscas, á menos de tropezar con numerosas causas de error; pero el hecho no es menos cierto para muchos animales, y el Dr. Grasi ha intentado algunos experimentos de digestión artificial que, si dan resultado, le permitirán demostrar que en las mismas moscas no mata la digestión los gérmenes.

Aun admitiendo que los jugos digestivos destruyesen los gérmenes, el intestino de las moscas no dejaría de ser un vehículo perjudicial, porque las moscas, como todos los animales, absorben más alimento del que necesitan; de suerte que eliminan numerosos helmintos que no han sufrido la acción de los jugos gástricos y que, por lo tanto, permanecen intactos. Además, el aparato bucal y las patas son suficientes propagadores de la infección.

En el estado actual de la ciencia, parece positivo que no pueda explicarse la propagación de muchas enfermedades mediante los vehículos ya conocidos, que son el aire, el agua y el suelo.

Cuando el Tobías de Giesti decía á la mosca: «Señora, el mundo es bastante grande para que los dos podamos vivir en él sin inquietarnos uno á otro», Tobías se engañaba lastimosamente.

Es preciso pensar en destruir las moscas. Ha observado que muchas moscas mueren en el otoño de una enfermedad parasitaria, y partiendo de esta observación se pregunta si, procurando que apareciera esta enfermedad en la primavera, no se llegaría á la destrucción natural de las moscas.

El Dr. Grasi invita á todos los sabios naturalistas á estudiar las enfermedades de las moscas y los *mosquicidas*, y termina felicitándose de haber tenido valor para abordar semejante materia.

Permítasenos dirigirle también las felicitaciones de las numerosas víctimas de la importunidad de las moscas. ¿Quién no ha experimentado en verano verdaderos accesos de rabia reconociendo la impotencia de los esfuerzos ridículos hechos contra miserables bestiecillas que nunca logran cazarse?

CH. CLIFORT.

CUÁL DEBE SER LA ACCIÓN DE LA IGLESIA

EN LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS CLASES OBRERAS

Y CUÁLES SON LOS DEBERES DE LAS CLASES ELEVADAS

Discurso pronunciado por Mons. Mermillod en la iglesia de Santa Clotilde.

II

Ved ahí el temible problema, cuyo peligro acrece por momentos. — ¿En dónde buscar su solución?

¿En la familia? Sin duda alguna, la familia es la paz, la alegría y el honor del obrero; pero ¡ay! que despojada de la aureola religiosa, no es ya el hogar bendito donde descansan las almas y se unen los corazones en la comunidad de la oración y del amor cristiano. Por eso el obrero que no halla allí la vivificadora alegría de las santas convicciones, se aleja de ella al sentirse de continuo sin fuerzas para embellecerla.

Ya os lo he dicho. La sociedad no ha compensado suficientemente la pérdida de tamaños goces, por que ni la libertad, ni la igualdad modernas pueden

llenar el vacío que han dejado la ausencia de la fe y las ruinas de la familia.

La economía social, con su espíritu de asociación, con sus sociedades cooperativas de producción, crédito y consumo, ha redoblado indudablemente sus esfuerzos, en los que tan interesados están el Estado y la administración pública. Pero la importancia del Estado se ha limitado necesariamente desde el instante en que su objeto ha consistido, mayormente que en reemplazar, en proteger la libre acción del ciudadano.

Buenas han sido todas estas tentativas, y conformes con las más sanas doctrinas de la economía pública; pero para que den completo resultado necesitan de la ayuda de todas las inteligencias.

Lo que las clases obreras puedan hacer por sí mismas, há menester muchos años para realizarse. Y ¡ay de nosotros si en las urgencias de lo presente, y en las eventualidades de lo por venir, la sociedad es sorprendida antes de que la verdad se apodere de las ideas y el orden de los espíritus!

Mientras la acción del Estado sea restringida, la elevación de las clases obreras será necesariamente lenta. ¿Qué queda, pues, para colmar el abismo de desconfianzas abierto entre las fracciones sociales?

Nadie osará hacer un llamamiento á la fuerza, porque la fuerza que impone silencio no es bastante á crear la paz. Sólo el amor cristiano es capaz de congregar los elementos dispersos para dar á la sociedad la unidad y vida que le faltan.

La Iglesia posee este poder de reconciliación, porque da al obrero las tres cosas que necesita: ciencia, valor y honra.

Bien pronto se da cuenta el obrero de la desigualdad de condiciones; por cima del sordo malestar de nuestras divisiones públicas ve la lucha de ideas sobre el campo de batalla de las inteligencias, y al oír las discusiones sobre su cuna y su sepulcro, sobre su nacimiento y su muerte, se pregunta dónde ha de hallar la verdadera doctrina.

Aproxímasele la Iglesia, le revela los misterios de la creación, las leyes de la Providencia y el origen del dolor; le habla del pecado original; le explica la redención; le muestra el cielo, y por medio de estos grandes recuerdos de su caída y reparación le enseña la ciencia de la vida. Entonces, seguro de que si trabaja en la tierra será transfigurado en el cielo, lejos de abandonar las herramientas de su taller las coge y besa, porque sabe que un día fueron tocadas por las manos de su Redentor.

Ilumínase su alma con la luz del Paraíso perdido, con la estrella de Belén y los resplandores de Nazareth; y mitigados sus dolores por tan ilustres y dulces recuerdos, se explica cómo la vida no es otra cosa que una senda que conduce al cielo, y cómo la eternidad de lo por venir eclipsa las sombras de las desigualdades del presente.

Inspírale valor la Iglesia al mostrarle la ley del trabajo, que comprende á todos los hombres, pues que desde el Papa, sentado en la cúspide de la humanidad, hasta el más oscuro artesano, todos estamos condenados á trabajar y sufrir, precisamente porque todos llevamos dentro de nosotros mismos la herida de Adán. *Homo natus ad laborem, sicut avis ad volatum.*

La Iglesia dice al obrero: «Trabaja, hijo mío, porque tal es la nobleza de tu destino. Todo ha nacido sujeto á esta ley: desde el insecto que se arrastra por la arena, hasta el águila que se cierne en los aires; desde la hormiga que lleva su alimento cotidiano, hasta el astro que cruza el espacio, todos obedecen esta ley universal, que domina los seres y las cosas.»

En el Paraíso terrenal el hombre trabajaba, á pesar de su gloria primitiva; en Nazareth el Hombredios santificaba esta ley; y el obrero, al considerar que no es él el solo condenado á esta fatiga diaria, aprecia el puesto de honor que le cupo en la jerarquía social, y, cualquiera que sea el peso de su cruz, la lleva con sublime resignación. Revestido de tan incomparable dignidad, el humilde artesano se siente, apoyado en su herramienta, como envuelto en una ilustración personal y en una especie de misterioso reflejo, que viene de la túnica de Cristo; y ante las dignidades humanas y las desigualdades sociales, se convence de que tiene una misión que cumplir, y que Dios es quien, al enviarle á la tierra, le ha confiado, en su infinita ternura y amor supremo, el noble apostolado del trabajo.

El mundo entero se le presenta á modo de inmensa basílica, en la que cada cual tiene su vocación señalada y su función especial, designada por la Providencia. Todo está en su lugar: el príncipe que gobierna el Estado, el sabio que arranca sus secretos á la naturaleza, el escultor que hace surgir la estatua de su cincel, el poeta que canta al través de sus sonrisas ó sus lágrimas, el sacerdote que castiga ó perdona, hasta tú, pobre obrero, que trabajas en tu humoso taller, todos somos piedras vivas de esta

gran catedral levantada por las almas y los siglos para gloria de Dios. ¿Qué importa que vivas en la oscuridad de tu establecimiento, si sobre él descansan los grandes pórticos, la ovija que resplandece el brillo con su brillante colorido, y el campanario que centellea al sol? Tú tantas acciones de gracias y bendices á Dios por el lugar á que te destinó en estas construcciones magníficas.

Ved aquí lo que hace la Iglesia por las clases obreras, derramando sobre ellas doctrinas y creencias, bendiciendo sus fatigas, cubriéndolas con la gloria cristiana y asociándolas á la grande obra de Dios en el mundo.

No hay obstáculo que no venza para aproximarse á ellas, inspirarlas ánimo y esperanza, proporcionarles el remedio balsámico del cariño y de la igualdad.

¡Ay! ¿Por qué las naciones rechazan á esta noble Madre de las almas y de los pueblos? ¿Cuán distinta sería su suerte si la reconocieran siquiera como una bienhechora sobre este campo de batalla, donde se discuten las ideas y los graves intereses de la conciencia y del trabajo! Ya os he hablado de este duelo á muerte, que tan de continuo se representa á nuestros ojos. El obrero que se ha dejado arrastrar el corazón por las oleadas del odio al contemplar con amargura y codicia lo que él llama lujo desolador, maldice de la Providencia, no teniendo en sus labios más que blasfemias. Pues bien: que en la hora de estos gritos acusadores contra Dios pase una de vuestras hijas, que haya trocado el brillo de vuestras habitaciones y las ternuras de su madre por el sombrío á la vez que consolador hábito de la pobreza y del amor á la humanidad, y cogiéndole una mano le diga: «Yo vengo en tu busca: el Dios de que blasfemas me envía para consolarte; yo he arrojado lejos de mí cuanto constituye el encanto material de la vida, y te traigo una cosa que vale más que el pan cotidiano, pues que quiero ser tu hermana de corazón, tu hermana de la caridad.»

Enternecido con tal lenguaje, el obrero, que sabe por otra parte que la igualdad absoluta no está en este mundo, siente humedecidos los ojos, y juntando las manos, exclama: «¡Sí, yo creo que tengo un Padre en el cielo, pues que encuentro una hermana en la tierra!»

Respondedme: si la Iglesia, en su poder y libertad, puede desempeñar de tal modo tan grande y noble apostolado; si puede dirigirse al pueblo, cubrirle con el manto de su cariño maternal y revelar los secretos, el valor y la dignidad de la vida, ¿no debemos esperar días de paz, en la certeza de que brillará la blanca aurora de un porvenir más lisonjero para nuestras sociedades?

III

Permitidme que os manifieste, antes de concluir, qué parte corresponde á las clases elevadas en esta obra de reparación.

Dejando á un lado ciertas exageradas esperanzas que proceden de sus pasiones, cuando no de influencias culpables, el pueblo tiene aspiraciones legítimas, y merece que se le anime cuando pretende elevarse por los medios de la instrucción, del trabajo y de la economía. La Iglesia y la sociedad cristiana han multiplicado las instituciones destinadas á favorecer este movimiento.

¿Elegirán las clases elevadas el camino de la resistencia, el de la apatía ó el de la verdadera dirección?

Si se levantan como un obstáculo bien pronto serán arrolladas, y el esfuerzo del pueblo en destruirlos acrecerá el poder y violencia del movimiento.

La apatía dejará pasar el torrente, que, elevándose poco á poco, las cubrirá con sus olas, enterrándolas bajo la arena, ó precipitándolas según la pendiente ó el capricho, sin apiadarse de los vivos ni cuidar de los muertos.

Queda, pues, la dirección, que está en manos de Dios, y por la cual se ha servido daros los principios del nacimiento y la fortuna. Sí, tal es nuestro deber. No hace mucho tiempo que nuestros padres daban noble acepción á la palabra *servicio*, que si otras veces quiso significar *servidumbre*, hoy es sinónima de *buena acción*. Bajo la inspiración de la fe se tenía á mucha honra *servir*, comprendiendo cada cual las nociones cristianas del trabajo y las obligaciones de la abnegación, y hasta no avergonzándose las letras ni las armas de denominarse *oficio*, esto es, una cosa trabajosa y grande. Sabemos que el pueblo no parece dispuesto á aceptar una mano que le dirija; pero también es verdad que no está tan decidido y resuelto en pro de ciertas soluciones como se cree generalmente. Duda, busca y escucha, concluyendo por aceptar, sin darse cuenta de ello, la influencia que tal vez pretendía rechazar, siempre que se le muestre dispuesta á ayudarle en sus esfuerzos y esperanzas.

No nos engañemos. El racionalismo ha organizado su acción sobre el pueblo. Escuelas sin Dios; libros en cuyas páginas se enseña al ateísmo y la moral independiente; el taller abierto el domingo en lugar del templo; sociedades secretas, clubs y Congresos socialistas. ¿Acaso no es todo esto una red en la que se pretende aprisionar á los obreros, á fin de arrebatarnos á la atmósfera del cristianismo?

En presencia de tan gigantescos esfuerzos, importa que todos se unan á la Iglesia, y consagrando su influencia, fortuna y experiencia en servicio del pueblo, le inspiren las ideas, costumbres y aspiraciones del Evangelio.

Míranse por algunos estas ideas con cierta prevención. Entre el pueblo y las clases elevadas levántanse no pocos errores y desconfianzas. Mientras por un lado se dice con frecuencia que el rico es el vampiro que se alimenta del sudor del trabajador, por otro se considera á éste, en ocasiones, como un tigre que es preciso amordazar.

De estos dos extremos, tan injusto el uno como el otro; de estas dos alarmas, que no son otra cosa que el grito del egoísmo del que posee respondiendo al del que no posee, nacen desconfianzas que es necesario disipar, aversiones que es indispensable extinguir.

Desde luego podemos persuadirnos de que el pueblo no es tan malo como se cree. ¿No está compuesto de almas salidas, como las demás, de Dios; bautizadas, como ellas, en la sangre del Redentor, y llamadas á triunfar en la Iglesia, en medio de este tan magnífico como valiente ejército, al cual están reservados los resplandores del cielo?

Desde el barquero elegido en las orillas del lago de Genesareth, y el perseguidor que luego se llamó San Pablo, hasta San Francisco de Asís, que renunció toda su fortuna, y Santa Gertruda, no hace mucho beatificada por Pío IX, ¿no ha formado parte toda esta multitud de trabajadores del ejército de la pobreza, que vive y alienta en la esperanza de las alegrías celestes?

Luego la Iglesia católica nos muestra falanges de pobres y obreros, glorificados en su seno, como en prueba de que sus almas son dignas de elevarse hasta Dios.

Observad por otra parte, mis muy queridos hermanos, que las necesidades que les atormentan, los sufrimientos que les agitan y las incesantes aspiraciones hacia las cuales tienden todos sus corazones, son la constante preocupación del cristianismo.

Diecinueve siglos hace que la santa Iglesia se esfuerza en elevar á los débiles. Llegamos al momento crítico de una sociedad que, al transformarse, huye la acción del cristianismo porque no la comprende. Si la sociedad moderna se empeña desesperadamente en prescindir de nuestra Religión, queriendo organizarse sin nosotros; pero deber nuestro es no permitir que esto suceda, y resistir semejante tendencia yendo en busca de los débiles para cubrirlos con el manto de nuestro apoyo y ternura.

¿Acaso no responde el pueblo cuando oye el clamor de las grandes almas? Permitidme, hermanos míos, citaros con tal motivo dos hechos, porque los hechos son más elocuentes que las ideas, y éstas, bajo su forma racional, no alcanzan frecuentemente á la inteligencia, ni se apoderan siempre de los corazones. Dejemos al pobre entregado á sí propio; abandonemos al obrero á sus propios instintos: él amará á Dios y á sus hermanos.

(Se concluirá.)

EL VIOLÍN DE FUEGO

CUENTO BRETON



GUARDAOS bien de ir por la noche á pasear por las orillas del páramo donde crecen los *peulmans*! Por allí es por donde aparece *anhou* (la angustia) con el carro de la Muerte, tirado por seis caballos negros; en los lavaderos del próximo arroyo es donde las lavanderas nocturnas lavan sus trapos y los retuercen y golpean sobre los peñascos... pero, sobre todo, no os acerquéis al prado frecuentado por los *poullpiguets* (espíritus malignos), cuyos pasos enrojecen los matorrales, porque os llamarían para bailar *velis nolis* en medio de su rueda, y no volveríais á ver el mundo de los cristianos.

Hubo un tiempo, todavía no muy lejano de nosotros, en que todos los domingos por la noche, al sonar las diez horas, cuando la velada estaba á punto de terminar, las grandes piedras del dolmén

de San Tual empezaban á cantar. Creedme si queréis, pero no os riáis de estas cosas; ellas suceden cuando Dios lo permite, y no soy yo el llamado á explicaros por qué han sucedido así. Yo sólo puedo contaros lo que ha sucedido, y añadir, á guisa de moraleja, que de todos estos prodigios nunca deja Dios de hacer resaltar una lección para nosotros y un rayo de gloria para su nombre. Todos los domingos por la noche, la brisa del mar que viene de la playa donde las algas marinas derraman sus fuertes olores, la brisa del mar, así que llegaba á un extremo de la tabla de piedra del dolmén, tornábase en música, y música más suave que la de Lao el campanero. Cosa era en extremo maravillosa, pero al mismo tiempo espantosa y de gran piedad, porque esta música era una obra de magia que hacía caer en tentación y que conducía á su ruina á las pobres gentes que se paraban á oír la para desdicha suya.

Así que el oído percibía esta extraña armonía sentíase hervir en las venas la sangre, el encanto invadía súbitamente el cerebro, y, por decirlo así, ya no se sentía libre el corazón. Era preciso escuchar y seguir escuchando, gozar y seguir gozando de una especie de suave adormecimiento que se apoderaba del alma, entrando por el oído, y engolfarse en aquel infernal mare magnum de trinos y cadencias hasta que rebasase sobre la cabeza. Todo el mundo sabe que la sidra de la Bretaña enturbia la vista y debilita las piernas; porque los *greal* (enanos), tan traviosos como pequeños, se ocultan en el espumoso musgo á orillas de las *roldanas*; pero esta embriaguez no es nada comparada con la que entonces se experimentaba.

El mejor partido que entonces podía tomarse era el de huir á todo correr al empezar la tentación...; tratándose de la guerra entre hombres, la fuga es una cobardía; pero respecto de un combate con los espíritus de las tinieblas, significa un valor á toda prueba; es preciso saber aprovecharse de él... al huir por la parte opuesta del dolmén, era posible evitar el peligro. La melodía iba extinguiéndose gradualmente á cada paso que se daba para alejarse de ella; y cuando la masa de piedra se hallaba ya tan lejana que no podía distinguirse su forma por el que se volvía á mirarla; cuando, por último, no se oía ya más que el vago murmullo de la brisa en las hojas de los árboles y de las plantas, el fugitivo podía considerarse salvo; pero ¡desdichado una y mil veces el que se paraba á escuchar! ¡desdichado el que volvía harto pronto!

Nadie podía decir á qué misteriosas escenas se hallaban expuestos los que se entregaban indefensos al encanto fatal. Una irresistible fuerza arrastrábalos hacia el dolmén; un atractivo invencible les llevaba á investigar el manantial de aquel sonoro torrente, y una mano invisible les atraía pronto al fondo de la gruta que cubre la inmensa piedra; pero ¿qué sucedía después? ¿A qué aquelarre infernal asistían en las entrañas de la tierra? ¿En qué endemoniada orgía ocupaban un lugar en el fondo de lo desconocido? Nadie volvía de aquel sitio maldito para contarlos; los que han visto semejantes cosas deben morir siempre antes de descubrirlas á sus hermanos de la tierra.

Ivón, el herrador, que se vanagloriaba de no tener miedo al diablo, quiso ir allí para ver lo que pasaba. El siguiente día, los carreteros que iban por el camino que conduce á la ciudad distinguieron un cadáver columpiado por el aquilón de invierno, pendiente de las desnudas ramas de un roble inmediato al monumento druidico. ¡Ivón se había ahorcado como Judas el traidor!... Una vieja que decía la buena ventura, hacía filtros y echaba las cartas á las muchachas con malos augurios si se le daban de mal talante las limosnas que pedía, fué allí también, y al siguiente día el dueño de una granja sacó á la vieja de las pantanosas aguas de un estanque en que se había ahogado. Larga sería la historia de todos los que unos en pos de otros habían ido á reposar en el rincón del cementerio donde no se halla bendecida la tierra, después de haber intentado penetrar en el secreto de la música del dolmén ó de haberse dejado arrastrar por su magia.

Así las cosas, una noche del domingo de ramos, Luisito el monaguillo, acostumbrado á ayudar las santas misas, y que más tarde había de transformarse en seminarista, piadoso como San Moderato, resolvió en su rubia y rizada cabeza como la de un querubín hacer una tentativa capaz de meter espanto en los hombres más atrevidos. Pero el espíritu de Dios sopla donde le place, y este espíritu de lo alto era el que infundía á Luisito tales inspiraciones.

— Yo iré á oír esa música del diablo — dijo para sí el muchacho — y con la ayuda de Nuestro Salvador Jesucristo, de su *Santísima Madre* y de mi augusto patrón, romperé ese encantamiento que tanto daño hace á los cristianos.

Y sin decir palabra á nadie, á las nueve de la noche, en vez de meterse en la cama, deslízase fuera del hogar paterno hacia el erial, en dirección del dolmén. No llevaba más armas Luis que sus dos zapatos de haya, ni más coraza que su chaqueta de tela encarnada con botones de cobre, ni más casco que su ancho sombrero, adornado con una medalla de Nuestra Señora de Joselín, y Luisito aspiraba, como otro San Miguel, á medir sus fuerzas con el dragón... ¡Ah! ¡Bendita Santa Ana, protegéd al pobre Luisito!... Pero ¿qué digo!... El muchacho era dueño de un arma terrible contra el espíritu maligno; lleno de valor y de fe, blandía Luisito con su mano derecha, á guisa de espada, un ramo de olivo con ramas siempre verdes como la esperanza; y este ramo sagrado, que había recibido en la misa el agua bendita, poseía una celestial fuerza con las palabras pronunciadas por el sacerdote en aquel acto. Luisito marchaba sin temblar, y Dios acompañaba al animoso mancebo.

Pronto llegó al erial. En aquel momento la campana de San Juan daba las diez de la noche, y los golpes del martillo hicieron resonar en el pecho del muchacho otros tantos recios golpes. No obstante, no temblaba Luisito; tan sólo sacó su rosario indulgenciado del bolsillo de su chaqueta y se puso á rezar los Padrenuestros, pronunciando en alta voz las plegarias de la Santísima Virgen, y apretando bien el ramo bendito en su mano derecha. Al sonar el último golpe del reloj, una serie de armonías traídas en alas de la bruma llegó hasta los oídos de nuestro héroe, aunque muy indistinta aún, llena, sin embargo, de pérdidas emanaciones. El muchacho continuaba marchando, y pudo oír algo parecido al vapor que se escapa de una copa embriagadora.

— Preparémonos para el combate — murmuró el monaguillo.

Y calóse hasta las orejas su ancho sombrero, de tal suerte que los hechizados sonidos se deslizaban debajo de él sin poder penetrar en su alma.

¿Queréis saber ahora qué hechicero oculto en el antro, bajo el dolmén, lanzaba á los vientos estas notas embriagadoras? El mismo demonio, Satanás mismo en persona; el mismo Satanás, constituyéndose en músico y haciendo sonar con un pequeño arco de hierro infernales zarabandas sobre un violín de fuego. El violín tenía siete cuerdas en atención á que hay siete pecados capitales, y á que cada una de las cuerdas del violín del diablo representa uno de ellos. ¿Cómo, pues, esta música no había de inducir al mal? ¿Cómo los que se abandonaban á su astucia habían de librarse de ella sanos y salvos, habiendo perdido al ir en su busca la libertad de su alma? Así, pues, apoderábase de ellos la desesperación, y al salir de allí ponían fin violentamente á sus días, ó perdían la vida en los lazos tendidos por el enemigo á su paso en el camino... ¡Padre nuestro que estás en los cielos, libranos de la tentación y del mal!

Luis penetró en la caverna, que le pareció más vasta que la catedral de San Pedro Corentino... El viejo Satanás tocaba su pérfido violín en medio de un círculo cabalístico trazado sobre el suelo con llamas azules; las fantasmas de los que se habían perdido al penetrar en aquel lugar maldito revoloteaban en torno de su círculo, bailando una danza diabólica al compás de las notas del maestro; todos ellos extendían sus descarnados brazos hacia el monaguillo. Al ver el diablo un nuevo prosélito manifestó el ardiente entusiasmo que esto le producía con vertiginosas arcadas, haciendo resonar más y mejor los sonidos de las siete cuerdas del violín. El orgullo, la pereza, la envidia, todo cantaba á la vez... pero Luisito, con su sombrero calado hasta las orejas, seguía dueño de sí mismo.

El viejo Satanás enteróse pronto de la superchería, y con el extremo de su arco hizo saltar por los aires el sombrero del monaguillo, viéndose éste ya, por consiguiente, puesto á merced del encantamiento.

No obstante, ¡nada temáis! ¿No sabéis que Dios, Nuestra Señora y el patrón de Luis le protegían? El muchacho arrancó una hoja de su pequeña rama del olivo bendito y la arrojó directamente al mágico círculo, á los pies del diablo. Podéis figuraros por los sobresaltos de un bailarín, cuyos pies desnudos tocasen súbitamente carbones encendidos los gestos de su rostro y sus gritos de dolor. El viejo Satanás no exhaló ningún grito; pero al tocar en sus pies la santa hoja, su horrible semblante hizo terribles gestos, sus pies dieron saltos espantosos de la manera más ridícula, haciendo saltar al punto una de las cuerdas de su violín de fuego.

Con el extremo de su arco de hierro procuró entonces derribar el ramo bendito de manos de Luis; pero, en su precipitación, no pudo lograrlo antes que el animoso Luis hubiese arrojado, una en pos de otra, otras cinco hojas de olivo bendito á sus pies

1 Dolmén, monumento druidico ó céltico formado por una piedra grande, llana, colocada sobre dos piedras levantadas perpendicularmente. — (Nota del traductor.)

en el círculo; y Luis tenía tan fuertemente asida la rama, que nada hubiera sido bastante á hacérsela soltar. A cada hoja sucedían las mismas cabriolas y las mismas gesticulaciones del ministril; y cada vez que esto sucedía, apoyando, á pesar suyo, el arco con rabia sobre las cuerdas del violín de fuego, rompíase una de ellas. A cada cuerda que saltaba, perdía la música en intensidad y fuerza. Ya no quedaba más que una cuerda, y el diablo, con prodigioso talento, llevando sus dedos, alargando y encogiéndolos á su voz por el mastil, extendiendo frenéticamente su arco de hierro, ejecutaba ejercicios tan desentonados, tan chillones, tan perfectamente parecidos á los aullidos de los gatos que resuenan frecuentemente en la oscuridad de la noche, que Luisito, en verdad, no pudo menos de soltar la carcajada.

Al ver esta insolencia el diablo, se estremeció de furor; dirigió al brazo del monaguillo una estocada con su arco para hacerle soltar el tronco del bienhechor ramo, y Luis vióse tan vivamente herido que no pudo defenderse de violentos movimientos de cólera. Evidentemente este pecado de cólera era el que entonces tocaba la satánica música; pero no es raro que el buen Dios, que es el Salvador de los pecadores, nos permita, si tenemos plena fe en él, sacar un gran bien de nuestras mismas faltas, y esto precisamente fué lo que sucedió entonces. Por medio de un atrevido rechazo asestó Luis con tan buena fortuna sobre los descarnados dedos del diablo, ocupados en recorrer la última cuerda del violín de fuego, un golpe con el tronco de su bendita rama, que el diablo encabritóse como un furioso caballo. La música lanzó un último horripilante sonido, y la cuerda, la única cuerda que quedaba al violín de fuego, saltó con un arranque de furor.

El monaguillo tuvo que temer por un momento que el viejo diablo se lanzase sobre él para despedazarle con sus agudas garras; pero tomándole la delantera, le arrojó su rosario sobre el cuello, y el rosario enroscóse en él como una serpiente. El viejo Satanás rugió como una bestia feroz, y Luisito, con buen consejo, escapóse con tal velocidad que al cabo de algunos segundos se hallaba lejos del antro y del dolmén; porque el diablo dió tales saltos que la mitad de la masa de piedra, conmovida en su equilibrio, disolvióse, colmando el vacío de la caverna...

Al día siguiente todo el mundo pudo confirmar este suceso, porque el antro no existía ya. Desde este tiempo la gran tabla de piedra se ha dividido en dos; cada cual puede cerciorarse de ello y dar fe de la verdad de este relato. Además, al desaparecer y abandonar el diablo su guarida, dejó en uno de los ángulos de la roca un sello de su garra tan perfecto y profundo, que basta para transmitir de edad en edad el recuerdo de este hecho memorable y que no podrán borrar los siglos.

Desde entonces el maleficio encuéntrase todavía ¡ay! en los caminos quebrados y profundos; las brujas hacen serpentear todavía sus procesiones paganas sobre el musgo de las landas, los *horrigans* maliciosos burlan aún de las viejas y de los pastores del cantón; pero el viejo Satanás sólo se acerca allí con desconfianza, y nunca se ha podido oír más la seductora música del violín de siete cuerdas sobre la campiña.

Hé aquí por qué este rincón de la Bretaña es uno de los mejores países conocidos, y hé aquí por qué se conservan en él la fe y las antiguas creencias... Respecto de Luis, hallóse transformado en cura del arrabal de San Juan. Hace muchos años que murió; pero de generación en generación acuden los bretones á rezar sobre su tumba, y para demostrar que fué sobre la tierra un santo, permite Dios que las oraciones que se le dirigen sean todas atendidas.

Si os ha complacido esta historia, rezad un Padre nuestro y un Ave María por el narrador, y grabad para siempre en vuestra memoria esta doble enseñanza, que sea para esta leyenda como el perfume para la flor. Siempre debe huirse ante la tentación, y éste es el mejor, quizá el único medio de librarse de ella. Pero, por una excepción, Dios quiere que algunas almas luchen cara á cara con el enemigo del género humano; pero no se debe tentar á Dios presumiendo demasiado de nuestras propias fuerzas. Dios sólo fué el que dió la victoria á Luis, y Dios sólo el que sostiene en la prueba. Por último, y esto tampoco debéis olvidarlo: cuando en el Domingo de Ramos hayáis recibido una de esas ramas benditas, conservadla como un hermoso tesoro; que á la cabecera de vuestra cama guarde vuestro sueño; que en vuestra última hora derrame las bendiciones sobre vuestro ataúd, y que sobre vuestra tumba reverdezca como algún día deben reverdecer los cuerpos de los que han sido predestinados por el cielo.

LUIS DE KERVALL.

LAS BODAS DE ORO

DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL
EN LA HABANA

*Uxor tua sicut vitis abundans,
in lateribus domus tuae.
Tu esposa como vid abundante
en los lados de tu casa.
Filii tui sicut novellae olivarum,
in circuitu mensae tuae.
Tus hijos como renuevos de olivo
en derredor de tu mesa.
(Salmo CXXVII, vers. 3 y 4.)*



VENERABLE corporación, cristiano auditorio: convidados, como estáis, á bodas, parece muy bien la dulce alegría que se ve brillar en vuestros semblantes, y que no es, por cierto, aquella loca disipación que suele reinar en las bodas materiales, sino la expresión sincera y pura que corresponde á las espirituales, de cuya índole es sin duda la que da lugar á esta lucida fiesta, y cuyo carácter está á mi cargo delinear.

Era costumbre en aquellos antiguos y felices tiempos en que el hombre y la mujer, unidos en santo vínculo, sabían permanecer luengos años en dulce y sabrosa paz, y principalmente entre aquellos pueblos más próximos al corazón de la cristiandad, que, cuando los consortes habían llegado á disfrutar por espacio de cincuenta años las dulzuras del matrimonio, en este dichoso aniversario acudiesen de nuevo al templo santo; y allí, en presencia del sacerdote de Dios, renovasen aquel *si* que los había unido para siempre, depositando sobre el altar un ramo de oro, como eucarística ofrenda por la unión, paz y fecundidad con que el cielo los había enriquecido.

A esta santa renovación ya no les seguía el obligado cortejo de padrinos y testigos, sino una preciosa comitiva de descendientes de su estirpe, que iban proclamando las bendiciones del cielo y las glorias de aquella unión; y hacían alarde, no sólo de su fecundidad material, sino de la moral, representada por los hechos de aquellas generaciones que formaban las glorias de aquella estirpe.

Pues bien: esta solemnidad, que tuvo su origen de las bodas comunes, háse extendido en la Iglesia á conmemorar aquellos sucesos que por una espiritual analogía se adaptan á todas aquellas sus personificaciones morales encargadas de su fecundidad. Pues no siendo la Iglesia más que un sublime desposorio de Dios con la Humanidad, no puede dudarse que Jesucristo le renueva con cada una de aquellas Asociaciones que, dentro de la Iglesia, llevan el germen de la propagación de su espíritu. Por eso ella consagra esta costumbre, y Pontífices y Prelados viénenla siguiendo, y todavía resuenan los acentos de júbilo con que la cristiandad saludó en Junio del 75 las Bodas de oro del sacerdocio de Pío IX, último resplandor del Vaticano.

También hoy, pues, la humilde Conferencia de la Caridad, ostentando sus frondosos vástagos, viene á depositar sobre el ara santa el ramo de oro, emblema no menos de su constancia que de la fecundidad de la Iglesia por el ejercicio de la caridad, á ella encomendado.

Así que, invitado yo á estas bodas, y precisado á llevar la voz en nombre de todo un pueblo que os admira lleno de entusiasmo, vengo á congratularos, oh socios de la Conferencia, y á pregonar las glorias de vuestra Asociación para edificación y ejemplo del pueblo que me escucha, á quien deseo declarar los inmensos beneficios que en el orden material y moral ha reportado de ella la sociedad, puesto que ella sola fué quien en las circunstancias por cierto más difíciles para la Iglesia resolvió el pavoroso problema del Pauperismo. Problema que, mil veces planteado por las sociedades todas de la tierra, por ninguna pudo ser resuelto satisfactoriamente sino es por la Iglesia católica, aun desde sus mismos principios, y aunque para ello y por ello haya tenido que sufrir los celos, la envidia y aun las iras de las sociedades políticas, que con frecuencia impedían su acción sustrayéndole los elementos con que contaba para resolverlo. Con lo que todavía lució más sus inestimables riquezas, presentando en todos tiempos medios nuevos y adecuados para salir triunfadora; no siendo ciertamente el menos providencial y glorioso el granillo de mostaza de la Conferencia, que de tan tenue principio se erigió tan pronto en copudo árbol donde pudieran hallar abrigo todas las miserias de la tierra, y que, semejante á la fuente de Mardoqueo, de pequeño manantial llegó pronto á crecerse en río caudaloso y redundante en muchas aguas de inestimables beneficios en pro de los humanos infortunios.

Y hé aquí diseñado, amados míos, el modesto plan de este discurso; que, á pesar de mi notoria insuficiencia, aún confío, si logro desarrollarlo con

acierto, que produzca ópimos frutos, así para el acrecentamiento de esta pequeña falange de la Caridad, como para estimular á los demás fieles á ayudarla con sus limosnas, despojos ó trabajo proporcionando á los pobres, á fin de que, en manos de la Conferencia, se desarrolle ese germen de vida, la santa Caridad, que ha de devolver útiles á la sociedad tantos seres desvalidos, á quienes ella sin entrañas repele hoy lejos de sí.

Para el logro feliz de mis intentos quiero implorar el auxilio de la Madre del Hermoso Amor, á quien vosotros me ayudaréis á ensalzar con el ángel diciéndole: Ave María.

Plantear y resolver el problema del Pauperismo por números ó cifras, es decir, *en absoluto*, como sucede con las cosas que están sujetas á leyes fijas é invariables, fuera evidentemente absurdo; pues basta considerar que en él entran como datos necesarios la Providencia de Dios en la ordenación de las cosas humanas, y la libertad del hombre, para que haya de resultar una variedad infinitamente indeterminada.

En efecto, el Pauperismo es una necesidad hasta cierto punto natural, y de todo punto moral en la sociedad. En la Providencia misma de Dios reside la última razón así de la propiedad como de la pobreza, pues que ambas sirven á la salvación del hombre: ésta por la resignación y paciencia, y por la práctica de la misericordia aquélla. Es además una necesidad moral, porque muchas veces no desciende inmediatamente de la acción providencial de Dios que la *dispone*, sino que la *permite*, dejándola surgir de sus propias y voluntarias causas, que son la pereza, la imprevisión y el despilfarro. Así que tratar de exterminarlo por completo es imposible.

Háse, pues, de plantear en un sentido relativo el de la mayor disminución en el número de individuos, así como de la mayor atenuación de sus penas.

Lo primero, pues, que precisa conocer, es la causa ó causas de que puede proceder el Pauperismo, que adecuadamente debe responder á una de estas tres: ó á la impotencia física para el trabajo, ó á la impotencia moral, ó por fin, á una voluntad refractaria á este deber. Plantear, pues, el problema es proponer el sistema más apto para subsanar los males á que lleva la impotencia física, no menos que disminuir la moral, y más que todo ver cómo doblegar y enderezar la voluntad refractaria. Lo primero se obtiene por la limosna piadosa y discreta; para lo segundo mucho vale la instrucción industrial del pueblo; pero lo último no se consigue sino influyéndole la práctica de la virtud. De estos tres datos necesarios, el último es exclusivo de la Religión; y los dos primeros, si bien no son ajenos á las sociedades humanas, son sin la Religión deficientes y aun contraproducentes; á más de que, de hecho, nunca los promovió la sociedad humana de una manera satisfactoria.

Abramos la historia, amados hermanos, y á su luz veamos si no es tristemente cierto que, no sólo entre el rico y el pobre, pero entre el Estado y las clases menesterosas, ha existido en todos tiempos y en todas las naciones no cristianas un antagonismo inexplicable. Leed las historias de Esparta, Atenas, Roma; registrad los escritos de sus sabios, y hallaréis que el pobre, y aun el mismo jornalero, son objetos de abominación y de universal desprecio. Mírase al pobre como una carga insoportable para la sociedad, y al jornalero, cuando más, como un sér nacido para la esclavitud é indigno del trato de un hombre libre. Atenas, según Boeckh, contaba cuádruple número de esclavos que de hombres libres. Esparta esclavizaba la casta entera de los ilotas, una de las tres que poblaban su territorio. El romano Mario mata más de un millón de esclavos porque claman pidiendo sus más inalienables derechos. Mas entre esas tres civilizadas naciones nadie oye los ayes del esclavo, nadie prodiga una sola mirada de compasión al pobre. Por el contrario, todos se hacen un deber de despreciarlo, y en su necio orgullo créese el noble tanto más encumbrado cuanto más desprecia al pueblo bajo. ¿Quién no se siente arder en santo enojo, y aun enrojecer de vergüenza, al leer en el grave Quintiliano «que el pobre es de todos rechazado?» ¿A quién no admira escuchar de la lengua de oro de un Demóstenes muestras de la mayor admiración de que hubiese quien á tal punto se rebajase que no sintiera desden hacia los pobres? ¿Qué corazón en el siglo XIX no se siente helado de espanto al leer en Plauto que es un delito contra el mismo pobre la limosna? *De mendico male meretur qui ei dat quod edax aut bibat; nam et illud quod dat perdit, et illi producit vitam ad miseriam.* «Daño hace al pobre el que le da de comer ó de beber, porque pierde lo que le da y con la vida le alarga el sufrimiento.»

(Se continuará.)

1 Sermón predicado en la iglesia de la Merced por el P. Manuel María Royo el 13 de Mayo de 1883.

1 S. Thom., *Sum. Theol.*, 2^a. 2^a q. 32, art. 5 ad 2.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Método rápido para platear.—El Sr. Eber mayor, ha inventado el siguiente procedimiento:

Hace un precipitado impalpable de plata tomando

Acido nítrico..... 60 gramos.
Plata..... 20 —

Hecha la disolución, se mezcla con

Potasa cáustica sólida..... 20 gramos.
Agua destilada..... 50 —

Esta disolución, filtrada por papel, se diluye a 21° con agua destilada.

Cuando se quiere emplear se comienza por limpiar cuidadosamente los objetos que se han de platear con una disolución de potasa en ácido clorhídrico diluido, y después de secarla calentándolos ligeramente, se sumerge en la disolución ya indicada, moviendo poco a poco durante algunos minutos. Se les saca entonces y se les enjuga con aserrín, frotándolos con albayalde y gamuza.

El porvenir de la Astronomía.—El porvenir de la Astronomía está relacionado con los progresos de la fotografía. Esta afirmación se deduce al contemplar las fotografías recientes hechas por Mr. Commón acerca de la nebulosa de Orión, pudiendo asegurar que dentro de cien ó mil años se tendrá una imagen completa del cielo. Los grandes telescopios tendrán diversos aparatos fotográficos, que mandados por un botón eléctrico abreviarán mucho el trabajo de los astrónomos, como dice la *Revista Científica* ocupándose de este asunto.

Carbono.—El carbono es un cuerpo sólido, generalmente de color negro, sin olor ni gusto, que en contacto del aire, y mediante un calor suficiente, se quema. Es muy abundante en la naturaleza, ya puro, ya en combinación con otras sustancias, siendo el principal elemento de los cuerpos organizados. En estado puro se presenta bajo tres aspectos: como diamante, ó sea cristalizado, como grafito ó lápiz mineral, y como carbón común. El hollín, el negro de humo, el carbón de huesos, el carbón de piedra, etc., son clases de carbón en las que hay carbono mezclado con otras sustancias.

El carbón posee la facultad de absorber y retener entre sus poros, la cual se hace servir para filtrar por él el agua mala, y quitarle así el mal olor y el mal gusto; para decolorar los líquidos, como el vinagre tinto, que filtrado por carbón animal se queda incoloro. Impide asimismo la putrefacción de sustancias animales y conserva el acero sin tomarse. Pero la principal cualidad del carbón es ser combustible, y esto constituye su mayor valor práctico para las necesidades de la vida. Con el nombre genérico de combustión se comprende ordinariamente la combinación de un cuerpo con el oxígeno. Los cuerpos quemados, ó después de combinados con el oxígeno, casi siempre en estado gaseoso, forman el humo que es incombustible, y por lo tanto, si se quiere avivar la llama, es preciso renovar el aire para que éste arrastre todo el humo á medida que se vaya produciendo. La combustión es rápida ó lenta, según sea la ventilación del hogar.

El carbono se halla también combinado con el hidrógeno; son muy conocidas sus tres combinaciones, formando caucho en estado sólido, aceite mineral en estado líquido y gas del alumbrado en estado gaseoso. La combustión del hidrógeno origina agua, la del carbono ácido carbónico, y por tanto, dichas combinaciones dan agua y ácido carbónico.

Tratamiento de la anemia.—El Dr. Stewart, de Filadelfia, ha estudiado con verdadero celo esta importante cuestión, y cree que para curar tan gra-

ve mal es preciso saber si la alteración de la sangre es debida á la disminución de los glóbulos rojos, ó á insuficiencia de cualquiera de los principios constitutivos de la sangre.

Admitida esta última hipótesis, emplea para curar esta enfermedad la hemoglobina.

Para obtener polvo de sangre rico en hemoglobina y de fácil uso terapéutico, deseca la sangre de ternera, tratándola previamente con ácido clorhídrico diluido, que impide la formación de la fibrina. Este polvo puede tomarse á la dosis de dos ó tres cucharadas al día, y si no se soportara bien por el estómago, se le añade pepsina en la proporción de

Hemoglobina..... 24 gramos.
Pepsina..... 4 —

Mézclase y disuélvase en seis papeles, para tomar tres al día.

Cuando hay que estimular en el curso de enfermedades febriles acompañadas de desnutrición, se emplea la siguiente fórmula:



DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ, CÉLEBRE POETA DRAMÁTICO.

† el 25 de Agosto último.

Hemoglobina..... 24 gramos.
Pepsina..... 4 —
Glicerina..... } ana 30 —
Alcohol..... }
Agua destilada..... 120 —

Mézclase para tomar una cucharada de té cada tres horas.

Por fin, cuando es preciso asociar el hierro:

Hemoglobina..... 24 gramos.
Pepsina..... 2 —
Citrato de hierro y de quinina..... }
Vino de Jerez..... } ana 70 —
Glicerina..... }

Mézclase s. a., para tomar una cucharada de sopa antes de la comida.

Mastix para revestir la madera.—Los depósitos ó toneles de madera que deban contener líquidos algo ácidos ó con bicromato de potasa, se pueden re-

vestir interiormente con un mastix compuesto de los ingredientes y en las proporciones siguientes:

Resina..... 1.000 gramos.
Ocre amarillo..... 60 —
Cera amarilla..... 300 —

Se funden al calor estas materias, y se les añade un puñado de yeso escayola, agitando bien la mezcla para que resulte homogénea, y aplicándola en caliente sobre la madera que se quiere revestir.

Nueva máquina para limpiar el calzado.—En Manchester, Inglaterra, se construyen en la actualidad unas máquinas especiales para ejecutar esta incómoda y fatigosa tarea. Se parece el conjunto, en su aspecto exterior, á una mesa de noche: sobre su tabla de encima hay cuatro cepillos circulares, que, apareados, giran con gran velocidad uno sobre otro y en direcciones contrarias; un par sirve para quitar el barro y otro para sacar el lustre, después de extender el betún á mano.

Basta un minuto para limpiar perfectamente un par de botinas; de modo que, en una ó dos horas, un mozo de cualquier hotel ejecuta esta operación, por grande que sea el número de huéspedes que necesiten esta limpieza.

Forma parte del objeto de este privilegio un guante de que se sirve el operador para sujetar firmemente la bota mientras se limpia.

El movimiento se logra dando vuelta á un manubrio, y sin más que colocar en diversas posiciones la bota entre los dos cepillos, el superior de éstos retrocede ó avanza, sube ó baja, y ejecuta la operación á las mil maravillas y con toda rapidez.

El estante interior y su cajón, como en las mesas de noche, sirven para guardar botas, betunes y rodillas anejas á esta faena. Por fin, hay máquinas de estantería baja, que naturalmente son más baratas, sin embargo de que su coste no debe ser muy elevado en ningún caso.

Movimiento de translación del sol.—Este movimiento, que se sospechaba hace cien años, ha sido comprobado después hasta la saciedad, y se caracterizaba diciendo que el sol nos arrastraba hacia la constelación Hércules. El profesor Plummer, de Oxford, cree que el punto al que nos dirigimos es más bien hacia la constelación la *Lira*. El sol no describe una línea recta, siendo de gran interés cuanto se averigüe sobre el particular, como se comprende fácilmente.

Dstrucción de los gusanos que atacan la madera de los muebles.—Se introduce con una jeringuilla ó pipeta en los agujeros una disolución de sublimado corrosivo, 8 gramos en un litro de alcohol, tapando los agujeros, cuando están perforados de parte á parte, con cera.

También se pueden inyectar con éxito el sulfuro de carbono, el ácido fénico, ó fumigar la habitación con flor de azufre.

Pastillas para perfumar, llamadas del Serrallo.

1.^a Benjuí..... 100 gramos.
Corteza de naranja seca..... }
Ambar gris..... } ana 5 —
Rosas..... }
Azúcar en polvo..... } ana 15 —
Goma tragacanto..... }

Dilúyanse estas dos sustancias en agua de rosas.

2.^a Carbón porfirizado..... 100 gramos.
Incienso..... 100 —
Benjuí y bálsamo de Tolú..... ana 30 —
Estoraque..... } ana 4 —
Jengibre..... }

Hágase una pasta con agua de goma ligeramente azucarada, y fórmense pequeños conos, que se dejan secar.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5